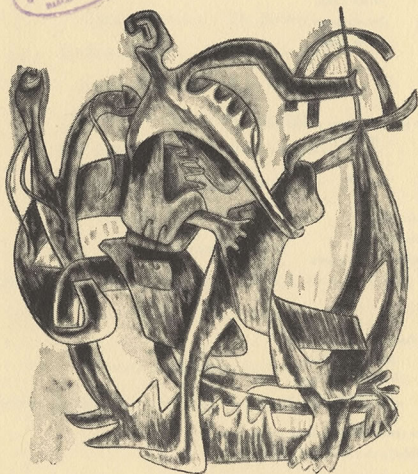
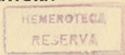


ORIGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA



LOZANO
1955

ORÍGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA

DIRECTOR:

JOSÉ LEZAMA LIMA

CONSEJO DE COLABORACIÓN:

ELISEO DIEGO

FINA GARCÍA MARRUZ

ÁNGEL GAZTELU

LORENZO GARCÍA VEGA

JULIÁN ORBÓN

OCTAVIO SMITH

CINTIO VITIER



Todas las colaboraciones y traducciones
son inéditas.



Ejemplar suelto \$ 0.50
Suscripción al año „ 2.00
Suscripción en el extranjero „ 2.50



Redacción y Administración:

JOSÉ LEZAMA LIMA
Trocadero, 162, bajos
La Habana - Cuba

Inscripta como correspondencia de 2ª clase
en la Admón. de Correos de La Habana

Talleres:

Impresores: ÚCAR GARCÍA, S. A.
Teniente Rey, 15 — La Habana, Cuba

S U M A R I O

CINTIO VITIER: *Presentación del teatro de Paul Claudel*

PAUL CLAUDEL: *El canje*

DYLAN THOMAS: *Dos poemas*

EUGENIO FLORIT: *Epigramas de viaje*

ÁNGEL GAZTELU: *A la Virgen*

SAMUEL FEIJÓO: *Azalea de papel*

JOSÉ BARBEITO: *Suite de la reverencia*

LORENZO GARCÍA VEGA: *Otro sueño*

ALCIDES IZNAGA: *Viajero*

ISIDORO NÚÑEZ: *Poemas*

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR: *América, Murena, Borges*

JOSÉ LEZAMA LIMA: *Paradiso*

Portada de ALFREDO LOZANO

Retrato de Eloísa Lezama Lima, óleo, de MARIO CARREÑO

O R Í G E N E S

AÑO XII

LA HABANA, 1955

NÚM. 38

Presentación del Teatro de Paul Claudel

"Sólo yo poseo la clave de esta parada salvaje."

ARTHUR RIMBAUD

Danse-la-Nuit, Volpilla-la-Chèvre, Strombo, abren con risas y paso de danza el cortejo, tropillas ligeras de la noche fáustica, del rocío shakespiriano. Cuando la graciosa obertura de esos espíritus libres se ha desvanecido (algún fauno rezagado va quitándose la máscara), aparece con su porte trágico, con su rostro feroz y devastado, Testa de Oro en la luz revuelta que sucede a las batallas y a las tempestades. Es el Rey individual, absoluto y amargo; el Rey, no por la gracia de Dios, sino por el orgullo y la soledad del hombre. Su poder es su sed insaciable. La tierra se extiende ante él planetaria, concreta, imposible. Cada cosa que toca se vuelve infinita. ¡Oh furioso Conquistador, Majestad árida!

Detrás fluye una multitud rumorosa de amantes, burgueses, obreros, conspiradores, políticos, mendigos, primero cuchicheante en los jardines enlunados, poco a poco rugiente en las plazas de París, cuya espesa clausura saltará hecha pedazos ante la cólera de Avare, el anarquista, el impaciente. Pasa como una sombra Isidore de Besme, el ingeniero, que ha sentido el horror de la inutilidad, el gusto de la nada en la lengua. Pasa como una llama fija Coeuvre, el poeta, que más al fondo ha tocado la raíz del Corazón y de la Obra, y el misterio carnal de la palabra lo llevará al Verbo y a la fundación, otra vez, de la Ciudad.

Ahora son cuatro figuras escuetas las que transcurren, mientras el telón sugiere una playa calurosa del Pacífico americano. Luis Laine se detiene y dice: yo soy el hambre salvaje de huir, de romper; Testa de Oro sería mi abuelo y Avaro mi padre, si ellos hubieran podido engendrar hijos; pero yo estoy solo en el universo incomprensible—parcido también a Cèbes cuando dice: “Heme aquí, imbécil, ignorante, hombre nuevo delante de las cosas desconocidas.” Marta, su mujer, se adelanta y exclama: ¡yo soy la fidelidad, un Orden existe! Tocada a veces por el ala de furia de Casandra, la actriz Lechy Elbernon se acerca a las candelijas para declamar: la vida, como el teatro, es prostitución; yo soy la ausencia de toda Ley, pero soy también la fantasía. ¡Amadme! Y cerrando este grupo de abortos, Thomas Pollock Nageoire suena su fajo de billetes en medio del resplandor del incendio, y declara: yo administro los bienes, yo compro y vendo las cosas de este mundo; y si un mendigo me ofrece la gracia de Dios a cambio de dinero, no despreciaré la oferta.

Es ahora cuando se oye por vez primera la aguda carcajada femenina sobre la inestabilidad vacía de las olas, relámpago blanquísimo en el mediodía terrible del deseo. Una mujer espléndida pasa arrastrando un torbellino de hombres (Almaric, De Ciz, Mesa, otros que no vemos), una nebulosa de hombres a medio hacer, de hijos y baúles y cajas de sombreros. Es Isé, la mujer fuera del Orden pero que entreabre el Paraíso, la única que posee, como una semilla, en su cuerpo y en su alma indivisibles, el nombre y el secreto y el ser de ese taciturno que la sigue. Y los dos prosiguen deslumbrados por la explosión creciente de un deseo cuyo objeto no conocen. ¡Oh Eros, hijo de Poros y Penia!

Desde el fondo medieval de la esperanza, no de la nostalgia, pausadamente surgen Anne Vercors, sacramental ante la inmensa ceremonia de las estaciones y los astros: agricultor, peregrino, patriarca solemne, partiendo el pan de la harina y las palabras; Pierre de Craon, el constructor de catedrales, que recibe la escama de la lepra por la violencia de su sed; Mara la oscura, la mala, la ardiente; Mara retorcida como una negra llama de fe; y como impenetrable para todos por su misma transparencia, criatura del trigo y del vital, Violaine, la doncella, suspendiendo la ingravidez de la gracia sobre la pesadumbre del deseo.

Los personajes que ahora llegan están ataviados según la moda de

tres épocas llenas de encanto, de audacia y de un cinismo extravagante: el Imperio napoleónico, el reinado de Luis Felipe y el Segundo Imperio. Viene el Papa, que es la Iglesia, rehén y balanza; vienen el vizconde de Coüfontaine y su prima Sygne, con su tic nervioso, ostentando los atributos de la aristocracia destruída para ser mezclada; viene Toussaint Turelure, el bastardo, el plebeyo, el violento, con la voracidad social y económica de los nuevos tiempos, y detrás su hijo y asesino Luis, que parece escapado, con su amante Lumir, la patriota polaca, de una novela de Dostoyevski; y viene por último Sichel, la judía, con su padre Ali, rompiendo las barreras seculares de la sangre y la religión. Y no olvidemos a Pensée de Coüfontaine, la hija de Luis y de Sichel, la joven ciega, escoltada de Orso y de Homodarmes, que trae un niño en sus entrañas, pero el destino de ese niño lo desconocemos. Y, fijos, Sygne aferra entre los brazos rígidos—más como última posesión de la familia que como prenda de fe—, los pedazos mal soldados del feroz crucifijo de bronce de los Coüfontaine. (Una Grecia de pacotilla brinca y gesticula alrededor, burlándose de estos personajes tan amargos y tan serios. Como un número de Circo, pasan rápidamente Proteo y sus focas.)

Pero las raíces del oscuro conflicto había que buscarlas en la sangre espesa del Renacimiento y en la gesta de la Contra Reforma: Castilla contra el azulejo mágico del Islam y el blanco infinito de la mente protestante. Por eso irrumpe ahora atropellándose, hablando alto y haciendo el mayor ruido posible, la tropa más numerosa, pintoresca y abigarrada de este desfile, encabezada por el velazqueño Anunciador: sombrero de plumas, bastón encintado y ancho cinturón. Jesuítas, caballeros y damas principales, Carlos V y Felipe II, cancilleres, políticos, misioneros, gramáticos, piratas, soldados, el chino, la negra Jobarbara, el sargento nanolitano, Doña Música y el Virrey de Nápoles en un bosque de Sicilia, el Angel Guardián enrollando el hilo de su caña de pescador, Santiago, la Sombra Doble del hombre y la mujer, la Luna, las ballenas, una carta misteriosa y todo lo imaginable hacen el grueso de este barroco escuadrón de personajes que afluyen de todo el universo físico y espiritual. Presidiéndolo vemos a los amantes desgarrados, cuyo anhelo se expande más allá de la posesión inmediata, pero también más allá del renunciamiento: Doña Prouhèze, pariendo en el dolor su sustancia de estrella, y Don Rodrigo, viva yesca, el hombre del deseo, el

hombre de América. ¡Ya no son los límites de la Ciudad o de la Historia, ahora son las puertas de la Creación las que se abren ante el ojo atónito! ¡Liberación a las almas cautivas!

Clausuran majestuosamente el desfile, Cristóbal Colón, el verificador de la Tierra, cargado de cadenas, y Juana de Arco portando un estandarte rojo en el que se lee: *Herética! Relapsa!*

Todo ello envuelto en un estruendo de fanfarrias triunfantes.

CINTIO VITIER

El Canje

Personajes:

LUIS LAINE.

THOMAS POLLOCK NAGEOIRE.

MARTA.

LECHY ELBERNON.

ACTO PRIMERO

América. Litoral del Este. Una playa al fondo de una bahía ceñida de rocas y colinas boscosas; los árboles descendiendo hasta el mar. La marea está baja y deja la arena al descubierto. Primeras horas de la mañana.

Marta está sentada bajo los árboles, con los ojos fijos en tierra. Luis Laine, un joven magro y robusto, de cabellos negros y piel cobriza, sale del agua y vuelve junto a ella. Se enjuga el cuerpo indolentemente con la yerba que arranca, después, poniéndose en cuclillas, permanece en silencio. Con el mentón, hace un pequeño signo, mostrando la línea del horizonte.

Marta.—¡La jornada clara, que dura hasta su consumación!

Di, Luis, toda la noche ha llovido

A cántaros, como llueve aquí, y yo escuchaba el agua, pensando en todos aquellos que la escuchan

En ese mismo instante, los que se han despertado o los que no duermen todavía.

El mar en la marea de Medianoche desbordaba

Con todo su ruido, escupiendo contra la puerta cerrada.

Hélo aquí que se ha retirado, y dos

veces llenará sus bordes siguiendo a la Luna

Y al Sol, hasta que éste sea retirado de los hombres como una lámpara.

Para que puedan dormir.

—¿Pero tú no has pasado la noche fuera?

Luis Laine, volviéndose a poner el pantalón y la camisa, color sangre de buey.

—¡Bah!

Otros tiempos peores he visto.

—Pero estaba acostado en un lecho.

Marta.—¿Dónde?

Luis Laine.—En casa de ellos.

Designa con el pulgar un lado de la escena detrás de él. Silencio.

Marta.—Has hecho bien en no pasar la noche fuera.

Luis Laine.—¡Estaba enredado en el calor, enmarañado en las sábanas!

Y salí de la casa medio soñando, riendo, bostezando.

Y marchaba desnudo, y de los pinos
Las gotas de agua me caían entre la oreja y el hombro,

Y de un golpe me lancé con la cabeza hacia delante

En el mar, igual que la leche recién ordeñada,

Y al subir devolví mi hábito y al mismo tiempo

Vi que el sol se había levantado, y respirando de nuevo plenamente,

Volcándome entre mis rodillas me hundi en lo hondo.

Como una piedra que desaparece,
Desciendo en la profundidad del mar.

Y tan pronto nadaba como, de pie cerca de la orilla, me pasaba las manos por el cuerpo de arriba a abajo,

Igual que un hombre que se despoja de una vestidura.

Se acuesta a todo lo largo sobre la espalda.

Marta.—¿Partimos mañana, como dijiste?

Luis Laine, *perzosamente*.—Mañana... Ah, sí.

—¿Mañana? ¿Dije yo eso?

No sé lo que es ayer ni mañana. Hoy es bastante para mí.

Marta.—Ahora que los dueños de la casa están ahí...

Silencio.

Luis Laine.—¡Vuelo en el aire como un halcón, como un águila blanca planeando!

Y veo la tierra aparecer bajo las llamas del sol, y oigo

El crujido de la iluminación ganar

La tierra bajo el esplendor del sol, y los ríos que fluyen según la giba de su cuerpo, y los paseantes que cambian de sitio brevemente.

Y los ferrocarriles, y las casas dispersas, y las ciudades de los hombres en el polvo.

Es la hora en que el obrero bostezando vuelve a poner la correa en la rueda, y el péndulo oscila sobre el encerado.

—Pero a mí sólo me importa si encontraré un conejo antes de que entre al bosque, o una pava sobre la rama.

Marta.—Oye,
Preferiría irme, como dijiste.

Luis Laine.—¿Por qué?

Marta.—Decías que nos iríamos lejos y que tendríamos una casa nuestra.

Haré lo que tú quieras, Luis.

(*Profundamente*): —No me gustan estas gentes.

Sin duda es amable el haberte colocado para vigilar.

Pero no me gusta ese hombre, cuando te mira así, fijamente, con la mano en

su bolsillo, como si contara adentro lo que vales.

Y esa mujer—es sin duda su mujer—, (*Expresivamente*) Con esos ojos que tiene!

No ríe nunca y parece que siempre está riendo.

Luis Laine.—¡Mira, allá! ¿Eh? A ras del cabo, ¿la ves?

Marta.—Pero, ¿qué?

Luis Laine.—¡La humareda! ¿no ves la humareda?

Es la Vieja-de-abajo-de-la-Ola, que cocina;

Tiene conchas por orejas. Su chimenea sobresale cuando la marea baja.

Y sus cuartos están llenos de trastos de marinos, más que las casas de préstamos; y de relojes, y de silbatos,

Y de campanas con el nombre del navío; y de piezas de oro y de plata que el mar ha gastado como guijas; y de sacos de granates.

Un día que el fagonero del "Narragansett"...

Marta, *tiernamente*.—¡Siempre tienes historias que contar!

Luis Laine.—Yo no fui criado

En las ciudades de calles infinitas, llenas de gente, sino donde la hoja espesa del árbol se estremera ante el cielo color de fuego.

Una araña

Me había atado por la muñeca con un hilo, y tenía la yerba hasta el cuello.

Y desde el centro de su tela ella me contaba historias, como una mujer sentada.

Y yo conocía a las hormigas según su nación,

Cuando van y vienen como los obreros que descargan los barcos, como los aserradores de madera que se van llevando las planchas de dos en dos.

Era en casa de mi nodriza.

Enseguida mi padre me tomó con él en su oficina, pero yo no sabía nada y me iba a pasar el día en el horno de carbón

Para leer la Biblia, y cogía dinero de la caja;

Y él me expulsó de la casa.

Tengo sangre de indio en las venas. Ellos tenían un dios al que llamaban "El Mentiroso",

Porque no ha vuelto.

Marta.—¿Y fué entonces cuando atravesaste el océano blanco

Para venir hasta donde yo estaba y tomarme?

Luis Laine.—He leído el final de un libro sobre ellos; no se sabe por dónde los hombres rojos vinieron,

Sin traer nada consigo, a esta tierra que era como un fundo abandonado, y había demasiado sitio para ellos.

Y vivían haciendo la guerra a los animales que la poblaban;

Y los conocían por sus nombres, y sus tribus habían hecho alianza.

Pero los blancos vinieron atravesando la vastedad del mar;

Y cultivaron un campo y, recogiendo las piedras, hicieron un muro en torno y cada uno vive en el sitio en que está.

Y el antiguo guerrero se va, como en el ala de la humareda.

—¡Ahora veo los millones de hombres que viven aquí!

Marta.—¿En qué piensas?

Luis Laine.—¿Quisiera ser carpintero.

Marta.—¿Carpintero?

Luis Laine.—Quisiera ser conductor de diligencia en California.

Marta.—Va a hacer calor hoy.

Silencio.

Luis Laine.—Son las diez. Y el sol sube en la fuerza de su muslo.

No es ya la hora en que el agua de los lagos tiene el color de la flor del manzano,

Blanco con un poco de rosa, y la cara del niño se abre como una rosa roja.

Mas, con la izquierda, golpeas a los hombres con una luz centelleante,

Y el sudor brilla sobre sus frentes, y te miran enseñando los dientes de arriba.

La activa sierra

Flamea a través de la plancha, y las fábricas están llenas, y las escuelas; y el obrero de rodillas,

Con un perro entre los dientes, recoge su pinza; y en el interior de la Bolsa

Los hombres de dinero con ojos de sordos ladran y agitan las manos.

Y el domingo irán a los campos y traerán hojas y ramos de flores amarillas.

Pero yo no hago nada en el día, y cazo completamente solo, mientras los rayos del sol cambian de sitio, escuchando el grito de la ardilla.

—¿Y cuánto queda todavía?

Marta.—Ya no queda nada.

Luis Laine, levantando la cabeza.—
¿Cómo, nada? ¿Dices que no queda nada?

Marta.—Ya no queda nada.

Luis Laine.—¡Ya!

¡De todo ese dinero que trajiste!

—Me haré tendero en el Oeste. Puede hacerse plata. Puede hacerse la banca con los mineros.

Marta, quejumbrosamente.—¿Me amas, Laine?

Luis Laine.—¡Las mujeres siempre haciendo esa pregunta!

Marta.—¿Las mujeres? ¿Qué mujeres?

Luis Laine.—¿No eres tú también una mujer?

Marta.—¿Una mujer también? ¡No hay mujeres!

¡Soy desdichada, Laine, soy celosa, Laine! Y quisiera siempre estar contigo.

Y cuando te vas, tengo pena y resentimiento.

Y quisiera seguirte, y estar junto a ti sin que lo sepas, y saber todo lo que haces.

Pues acaso vas con otras mujeres y no me lo dices.

¿Qué haría la mujer sin el hombre?

Pero del hombre hacia la pobre mujer, en su corazón,

No hay nada necesario ni duradero. Y es ésa mi duda y mi tormento.

¿No son bien tontas las mujeres?

Luis Laine.—Sí.

Marta.—Pero dime, ¿tú me amas?

Luis Laine.—Eso es asunto mío.

Es vergonzoso para un hombre hablar de esas cosas a la luz del día.

Marta.—Laine, tengo siempre miedo por ti,

Y pienso siempre en ti cuando no estás,

Como en un niño que no se sabe lo que hace. Pues, adonde van tus ojos, allí están enseguida tus manos.

Luis Laine.—¡Oh la frescura del agua!

¡Oh quisiera ser como un sapo en el berro cuando brilla la luna serena!

Hay una lechuza que canta como un cucullito.

Quisiera vivir en el agua profunda

—No hay necesidad de hablar, ¿para qué sirve?—

Como un pez, y nadaría, con todo el cuerpo al mismo nivel. ¡Oh si de pronto me estallaran alas!

¡Cómo aprendería a servirme de ellas y, confiando en su golpe regular, volaría sobre el abismo del aire!

Quisiera ser una serpiente en la espesura de la yerba.

—¿Por qué me miras así? A menudo te encuentro mirándome así.

Marta.—No soy de las que hablan en exceso.

Pero escucho; pocas gentes saben escuchar. El sonido de la voz humana me penetra hasta el mismo corazón,

Aún cuando las palabras tengan poco sentido.

Y cuando era pequeña, decían que era muy prudente, porque prestaba atención a todo; miraba a las gentes en los ojos,

Escuchando lo que decían, y las miraba agitar las manos, como una niña

Que mira a la sirvienta que la enseña a tejer.

Y vivía en la casa y no pensaba en casarme.

Y un día entraste en nuestra casa como un pájaro

Extranjero que el viento ha arrastrado. Y me hice tu mujer.

Y he aquí que en mí ha entrado la pasión de servir.

Y tú me trajiste contigo, y yo estoy Contigo.

¡He aquí pues este país, más allá del agua!

Como un río cuando uno está del otro lado.

Luis Laine.—¿No es un hermoso país?

Marta.—Oh Luis Laine, yo nunca había visto el mar. Entre nosotros

La gente no abandona su tierra, como las bestias que viven sobre los lirios.

Pero cada uno lleva en su corazón, mientras trabaja, la imagen

De su puerta y de su pozo y de la anilla donde amarra el caballo.

Oh! y cuando ya habíamos partido, un grueso abejorro

Pasó rozando mi cabeza, huyendo ya hacia la tierra.

Luis Laine.—No me gusta ese viejo país. Huele a viejo como el fondo de un vaso.

Hay demasiados caminos y se sabe siempre dónde se está,

Y las gentes lo miran a uno como a un perro sin collar.

Marta.—Siete días

Hemos ido hacia delante, persiguiendo el sol,

Como alguien que sostiene un ramo de flores amarillas en la mano. Y detrás

Las grandes gaviotas nos acompañaban con alas alternativamente

Negras y blancas, como el año, y la espuma se borraba como un camino.

Y por la tarde reunidos sobre el puente en silencio

Mirando en torno

Como desde el centro de un hueco, el mar color de mora.

Y al cuarto día

El aire se hizo como diferente y más puro, y en el cielo vimos el creciente de una luna nueva.

Y llegamos por fin.

Luis Laine.—Tan larga como el agua que atravesamos

Así de vasta la tierra

Se extiende entre el Sur y el límite del Norte,

Y el Este, y al Oeste este Océano que llaman Pacífico.

¡Mira el mapa!

Es el espacioso país de la tarde, dado a los hombres a la hora de la explotación.

Tienes razón, es preciso que vayamos más lejos y que abandonemos esta orilla del fiebre

Y madera, entre los tristes campos de juncos y brumas calurosas. Pero eres tú misma quien querías quedarte,

Como si no quisieras dejar los pliegues del mar.

Y se está bien aquí para cazar.

(Misteriosamente) Te aburres, mi tierra amiga, pero si yo estuviera contigo, no querías estar en otra parte.

[250]

Marta.—¡Laine, no me aburro! ¿Por qué dices eso?

Haré lo que tú quieras. ¿Acaso quiero algo de mí misma, di?

¿Por qué me entristeces, haciéndome un guiño, como alguien que no se sabe lo que quiere?

Pues hay veces en que, como un pequeño niño, tú pareces el más sabio.

Pues soy tuya, y mi pasión es hacer mi servicio.

Luis Laine.—¿Qué es preciso que diga, Marta?

Marta.—¡Todo! ¡Mira si yo no te digo todo! Pero estoy sentada delante de ti

Y te soy conocida, pues soy constante.

Dime si amas a otra mujer y hablaremos de ella juntos. Pues todo lo que te sucede me interesa.

Pero tú me hablas para divertirme y me cuentas historias.

Y a veces un espíritu sombrío cae sobre ti y permaneces largo tiempo con la pupila inmóvil y el rostro rígido.

Y cuando te interrogo, respondes otra cosa, y sales de mi lecho guardando la boca cerrada,

Según se dice que el hombre considerado no confiará a su mujer ningún secreto.

—Oh Laine, ¿por qué no me amas?

Luis Laine.—¿Acaso no te amo?

Marta.—¡No, no, no!

Luis Laine.—¿Acaso no te amo, Dulce-Amarga?

Marta.—Si quieres, trabajaré para ti.

12

Cultivaré un campo, arrancaré la yerba con las manos, arrancaré las cepas de los árboles con el azadón y el rastrollo; y sembraré, y regaré.

Y trabajaré a todo lo largo del día, y al caer la noche me reprocharás todas las cosas una por una.

Y no pensaré nada en contra, y estaré delante de ti como delante de alguien contento y que ha comido.

¡Pero tú no me ordenas nada y no te cuidas de mí y me dejas hacer lo que quiera!

Luis Laine.—"Tu vestido es verde como la yerba, como el alga que se ve bajo el agua!"

Mira, puedo acordarme del verde del vestido que tenías.

Pausa.

Marta.—Te conozco al menos de una manera en que no puedes engañar, como un carnero que uno pesa, habiéndolo comprado.

No soy libre, y estoy bajo tus pies como una barca cuando el pescador se encuentra en ella.

Laine, no te pido dulces palabras ni caricias. No es eso lo que te pido.

Luis Laine.—¿Qué me pides, entonces?

Marta.—¡Dame mi parte! ¡dame la parte de la mujer!

Las exigentes y duras raíces por las que el árbol

Agarra y vive;

Y que los otros se regocijen de tu sombra! ¡Tómame pues y estérchame duramente!

13

Pues si él no guarda en sí
El apetito de la tierra abajo, no crecerá hacia el sol con sus ramas,

Si no se fija en el sitio en que está.

Aprende de esta comparación

Cuál es la aplicación del amor, y que nuestra unión sea como entre la madera y el fuego.

Amame, y serás como el fuego que tiene su raíz en un solo sitio,

Y el viento se hunde en él, arrastrando

Sus llamas como hojas.

Luis Laine.—Desconfío de ti.

Pues ¿qué haces tú de mi alma, habiéndola tomado

Como un pájaro viviente que se coge por las alas, y al que se le impide ver? Quizás he vivido una vida en algún sitio durante ese tiempo, quizás he sido un mendigo en China.

Pues tu cuello está quemado por el sol, tu hombro

Es como el fin de la jornada, y la tarde es como una mesa cargada de yerbas, cuando el hombre se mantiene de pie, tendiendo

Los brazos, respirando el todopoderoso olvido!

—Así es como desconfío de ti.

Marta.—¡Él desconfía de mí!

Luis Laine.—¿Quién eres tú, pues, Para que yo te entregue de ese modo mi alma entre las manos?

Marta.—Tu madre te la ha dado, y aquí está la esposa que te la vuelve a pedir.

[251]

Luis Laine.—¿Quién eres tú para hacer una tal petición?

La mira de los pies a la cabeza. Marta se calla.

Mi vida es mía y no la daré a otro.
¡Soy joven! ¡tengo toda la vida por vivir!

Marta.—No te ha sido dada en vano.

Luis Laine.—¡Seré libre en todo! ¡haré lo que me plazca hacer!

¡En la mañana cuando abro los ojos, Me recuerdo en mi lecho, y la alegría entra en mi corazón!

Porque soy joven,
Porque la larga vida es mía, y veo mis ropas por tierra.

¡El cielo! ¡la corriente de agua!
Y el sol que está atado a la Tierra, como con una cuerda,

Y la luna de medianoche como un gallo blanco!
¡Iré! ¡Iré!

Marta.—¿Adónde?
Luis Laine.—Bajo el cielo aborregado, mascaré cada yerba para conocer el gusto que tiene.

Marta.—Hazlo, y acaso encontrarás la que da la inteligencia.

Toda planta tiene su sabor,
Acree o dulce, según lo ha sacado de la tierra.

Pausa. Cava el suelo con el talón.

La tierra de exilio, la tierra de muerte, sobre la que descende la lluvia, hacia la que toda criatura se inclina.

Y tal es el olor de la rosa y de toda

flor a la que uno se acerca,

Y el melocotón que madura para ser comido y esa flor felpuda como una oreja de cordero.

En el tiempo que una mariposa tarda en levantarse ante tus pasos, abriendo de golpe la boca y sucumbiendo al peso de la cabeza,

Te sentarás en la muerte.

Y de los animales unos pacen lo que brota de la tierra; y los otros los devoran.

Pero ¿dónde está el vínculo del hombre, que en el vientre porta el sello de su nacimiento?:

Escucha.

Luis Laine.—Escucho, Dulce-Amarga.

Marta.—¡Dulce-Amarga! ¿Por qué me llamas con ese nombre que me da placer y pena?

¡Pero escucha! Una mujer te puso en el mundo, y ahora, he aquí una mujer otra vez.

Luis Laine.—¿Y por eso es preciso que te ame a ti sola?

Marta.—Sí.

Luis Laine.—¡Oh la gallina que ha puesto sus huevos y quiere siempre guardar a sus pequeños bajo sus alas!

Pero mira: mi boca está des-sellada y respiro por una contracción que está adentro de mí.

Y como el pan que he ganado.

Pero la mujer no puede bastarse a sí misma, y es preciso que te sostenga, y que tú me tomes lo que es mío.

Marta.—Es cierto, no soy yo quien te ha dado la vida.

Pero estoy aquí para pedirte de nuevo. Y de ahí viene al hombre ante la mujer

Esa turbación cual de la conciencia, como en la presencia del acreedor.

Luis Laine.—Hay otras mujeres.

Marta.—¡No es cierto, no hay otras mujeres!

¿Por qué dices eso, expresamente para hacerme sufrir?

¡No te fíes de las otras mujeres! Escúchame, pues las conozco.

No te fíes de las rubias, pues son cobardes e infieles.

Ni de las morenas, pues son duras y celosas. Ni de las castañas.

¡No te fíes de las mujeres! ¡No te fíes de la cara pérfida que está llena de líneas

Y de secretos, como la mano!
¡Se reirán de tí, como de alguien a quien la luna deslumbra!

Pero si hubiera una que tú amases, Dimelo, y yo te explicaré por qué no es tan bella como yo.

Porque no hay ninguna que te ame como yo y que te conozca como te conozco.

Y por eso te soy dulce y amarga.

—¡Tengo vergüenza, Laine!

Luis Laine.—¿Qué tienes que decir todavía?

Marta.—¡Tengo celos!

Luis Laine.—¿Celos de quién?

Marta.—¿Por qué no quieres responderme? Dime que me amas a mí sola.

Luis Laine.—A tí sola.

Marta.—Dime que no conoces otras mujeres.

Luis Laine.—Ninguna.

Marta.—¡Júralo!

Luis Laine.—Lo juro. Es vergonzoso mentir.

Largo silencio. Entran por el costado Thomas Pollock Negeoire y Lecby Elbernon.

Lecby Elbernon, gritando de lejos.—¡Hello!

Cuando llegan cerca, Marta se levanta lentamente; Luis Laine permanece acostado, con los ojos cerrados.

Thomas Pollock Negeoire.—¡Hello! Lecby Elbernon, riendo con los ojos.—

¡Buenos días!

Marta la saluda silenciosamente.

Lecby Elbernon.—¿Es que duermes? Mírenlo así extendido.

Le levanta la cabeza con el pie.

¿Me oye usted? ¡Levántese!—¿Es no bueno el sol cuando se está acostado.

Luis Laine, tendiéndole la mano.—

¡Ayúdeme!

Lecby Elbernon.—Pull up!

Se levantan. Se miran los cuatro sin decir nada.

Luis Laine, a Thomas Pollock Na-

geoire.—Lo creía aún en el Canadá.

Thomas Pollock Nageoire.—No, llego de Denver.

Silencio.

Luis Laine.—¿Dicen que las cosas no marchan bien por allá?

Thomas Pollock Nageoire.—Yes, sir! Están en agua, tibia, es positivo, desde que la India detuvo la acuñación de la plata. El dollar vale cincuenta y cuatro cents, man!

El oro es todo; no hay más valor que el oro. Nadie cree ya en la plata. Yo siempre lo he dicho: un solo valor, un solo precio, un solo metal.

Luis Laine.—¿Malo para los negocios, eh?

Thomas Pollock Nageoire.—¡Well!

Luis Laine.—¡Bueno, usted es rico! Eso le da igual.

Thomas Pollock Nageoire.—¡Well!

Marta.—¿Usted es comisionista, creo? ¿Cómo se dice?

Thomas Pollock Nageoire.—¡Soy de todo!

Compro todo, vendo todo. Si usted tiene zapatos viejos que vender, tráigamelos.

Nada por nada. Toda cosa tiene su precio.

No dé nunca nada por nada.

¿Pero no ha visto nunca mi casa de New York?

Old Slip, see?

Marta.—No.

Thomas Pollock Nageoire.—Es a la izquierda, la vieja casa donde hay un reloj.

Tendré que enseñársela.

Hay muchas cosas allá dentro. Como los dinamos están en los sótanos de los hoteles y como las iglesias son edificadas sobre las osamentas de los santos, toda la fundación

Contiene el oro y la plata en los cofres fuertes que están alineados como tonales, y el depósito de los títulos y de los valores.

Y así como el domingo se envía a la pequeña a buscar la cerveza en un jarro, Aquí es donde se va a sacar el dinero.

Y encima está la caja.

En medio está la caja, y a la derecha mi banco, y a la izquierda la oficina de flete y armamento.

Y arriba estoy yo, y allí el servicio telegráfico.

¡Toc, tac tac!

¡He ahí Chicago! ¡He ahí Londres!

¡He ahí Hamburgo!

Y yo estoy allí como entre manos que hacen signos, como alguien que escucha y alguien que pregunta y que responde.

Lechy Elbernon.—¡Adelante!

¡Vedlo iluminarse, como cuando hay alguien a quien hundir, la mirada fija igual que un boxeador que ríe! ¡Adelante, oso blanco!

Luis Laine.—You are pretty smart, are ye?

Thomas Pollock Nageoire.—Well, hace falta nervio cuando usted vende en firme como si lo supiera todo,

Sin saber el tiempo que hará mañana;

cada cosa tiene su curso, pero yo conozco las cosas mismas.

¡He hecho toda suerte de jobs, usted sabe!

Lo conozco todo, lo he visto todo, todo lo he manejado, lo he tratado todo.

Y sé cómo se hace, y dónde brota, y cuál es el precio de transporte, y cuál es el stock en el mercado,

Y cuál es el interés del seguro, y tengo los vencimientos ante los ojos, y conozco la aritmética también.

Y soy como un mercader en su tienda, contando.

Pues el comercio tiene

Una balanza, igual que la justicia.

Y soy como la aguja que está entre los plaitillos.

Luis Laine.—¿Es usted muy rico?

Thomas Pollock Nageoire.—¡Oh!

No hay ricos en el comercio.

Es mi cuenta en el inventario, he ahí todo.

Una cifra en la liquidación.

Pausa.—Luis Laine y Lechy Elbernon conversan entre sí.

Lechy Elbernon.—¡Sí, quiero ver su casa! Quiero ver cómo se las han arreglado.

Luis Laine.—Vea usted, no somos ricos.

Lechy Elbernon.—¡No importa! En New York una vez fuimos a ver los hogares de las pobres gentes—slamming, se les llama—, ¡era tan divertido!

¡Venga a enseñarme su casa!

Lo coge por el brazo. Salen. Marta está sentada remendando una ropa de hombre que ha cogido del suelo.

Thomas Pollock Nageoire.—¿Qué hace usted?

Marta.—Ya lo ve, remiendo.

Thomas Pollock Nageoire.—No es una labor de lady.

Marta.—Y bien, yo no soy una lady.

Thomas Pollock Nageoire.—Entre nosotros las mujeres no trabajan.

Silencio. El la mira.

¿Usted es mayor que él, no es cierto? ¿Qué edad tiene?

¿Veinticinco años, eh?

Marta.—No.

Thomas Pollock Nageoire.—¿Menos o más?

Marta.—Menos.

Thomas Pollock Nageoire.—Well.

Silencio.

Elopmnt, eh? ¿Escapada con él, eh? El dad no quería, didn't be?

Marta.—Eso no le concierne.

Thomas Pollock Nageoire.—Bueno, no se ruborice así. Entre nosotros las muchachas se casan como quieren.

La mira sin decir nada.

¿Le pega, eh?

Marta.—¿Por qué me interroga de ese modo?

Thomas Pollock Nageoire.—Bueno, no hay mal en ello. Quizás está un poco

ebrio a veces. Sin embargo, tenga siempre un revólver.

¿Y qué piensa hacer?

Marta.—Usted ha querido colocarnos en su casa...

Thomas Pollock Nageoire.—Well. ¿Y después?

Marta.—No sé. ¿No querría colocarlo en su negocio?

Thomas Pollock Nageoire.—Escúcheme.

No lo querría ni para hacer marchar el ascensor.

Marta.—¿Por qué dice eso?

Thomas Pollock Nageoire.—No es bueno para nada. No vale un cent.

Marta, levantándose.—¡No es cierto! ¿Por qué dice eso?

Thomas Pollock Nageoire.—No sabe hacer nada con su dinero; no presta atención a lo que se le dice. Es como un hombre que no tiene bolsillos.

—Abandónelo. No hay nada que hacer con él.

Marta.—¿Cómo? ¿Acaso no estoy casada con él?

Thomas Pollock Nageoire.—Bueno, el divorcio no se ha hecho en vano.

Se oye a Lechy Elbernon que ríe a carcajadas.

Yo también soy casado.

Al menos... No me acuerdo muy bien. Creo que estuvimos delante del ministro. Estaba muy ocupado, sabe.

Creo que era un bautista.

Ya no me acuerdo. Creo que era un farmacéutico. Bueno.

El divorcio no se ha hecho en vano, ¿eh?

Silencio.

¿Cómo se ligó a él?

Marta.—Me convenía así.

Thomas Pollock Nageoire avanza hacia ella y sin decir una palabra le pasa el brazo por el talle.

Marta.—¡Qué hace usted! ¡Déjeme!

El trata de cogerle las manos, después, oyendo un ruido, la deja y se vuelve con un aire bosco.

Vuelve a entrar Luis Laine y Lechy Elbernon.

Lechy Elbernon, mirándolos con aire irónico.—¡Y bien! ¿espero que no la habrá aburrido demasiado?

¿Dónde está el "Nyack and North-hern"? ¿Le ha contado cómo rompió el "corner" de los sebos, como un rinoceronte?

Thomas Pollock Nageoire, gruñendo.—¡Nonsense!

Lechy Elbernon.—¡Querida!

¡Qué gentil es su casa!

¿Cómo hace para mantenerlo todo tan limpio, sin tener sirvienta?

¿Pero es usted quien lava el encerado?

Marta.—Sí.

Lechy Elbernon.—¡Qué limpio está! La sirvienta no lo hace tan bien en nuestra casa.

¡Y qué lindo está el jardín! He visto la ropa blanca tendida. El señor Luis (lo mira de reojo)

Quería impedirme ir.

¿Pero usted hace la leña también?

¿Sí? ¡Qué fatigoso debe ser!

Marta.—Puedo trabajar.

Lechy Elbernon.—Yo soy demasiado delicada. Oh dear!

Moriría si tuviera que trabajar.

Silencio.

¡Qué tranquilidad! El mar es como un periódico que uno ha extendido, con las líneas y las letras.

Y allá lejos, por encima de esa lengua de tierra, se ven los grandes navíos pasar como castillos de tela.

—Querida, hablábamos de usted. ¿Es cierto que nunca ha estado en el teatro?

Marta.—Nunca.

Lechy Elbernon.—Oh! ¿Y que nunca había salido de su país?

Marta hace signo afirmativo.

Y he aquí que él la ha traído.

Yo conozco el mundo. He estado por todas partes. Soy actriz, usted sabe, represento en el teatro.

El teatro. ¿No sabe lo que es?

Marta.—No.

Lechy Elbernon.—Hay la escena y la sala.

Todo está cerrado, las gentes vienen por la noche, y se sientan en filas unos detrás de otros, mirando.

Marta.—¿Qué? ¿Qué es lo que miran, si todo está cerrado?

Lechy Elbernon.—Miran la cortina de la escena.

Y lo que hay detrás cuando se ha levantado.

Y sucede algo en la escena como si fuera verdad.

Marta.—¡Pero desde el momento que no lo es! Así son los sueños que uno tiene cuando duerme.

Lechy Elbernon.—Es por eso que vienen al teatro de noche.

Thomas Pollock Nageoire.—Ella tiene razón. Y aún cuando fuera verdad, ¿qué me importa?

Lechy Elbernon.—Yo lo miro, y la sala no es más que carne viviente y vestida.

Ornan los muros como moscas hasta el techo.

Y veo esos centenares de rostros blancos.

El hombre se aburre, la ignorancia está ligada a él desde su nacimiento.

Y no sabiendo de nada cómo comienza o termina, por eso va al teatro.

Y se mira a sí mismo, con las manos sobre las rodillas.

Y llora y ríe, y no tiene ningunas ganas de irse.

Y yo lo miro también, y sé que ahí está el cajero que sabe que mañana

Verificarán los libros, y la madre adúltera cuyo hijo acaba de caer enfermo,

Y el que viene de robar por la primera vez, y el que no ha hecho nada en todo el día.

Y ellos miran y escuchan como si durmieran.

Marta.—El ojo está hecho para ver y la oreja

Para oír la verdad.

Lechy Elbernon.—¿Qué es la verdad?
¿No tiene diecisiete envolturas, como las
cebollas?

¿Quién ve las cosas como son? El ojo
ciertamente ve, la oreja oye.

Pero sólo el espíritu conoce. Y es por
eso que el hombre quiere ver con los ojos
y conocer con las orejas

Lo que lleva en su espíritu—habiéndolo
hecho salir.

Y es así que yo me muestro sobre la
escena.

Marta.—¿No siente usted vergüenza?
Lechy Elbernon.—¡No siento vergüenza!
¡sino que me muestro, y soy toda de
todos.

Ellos me escuchan y piensan en lo que
digo; me miran y entro en su alma como
en una casa vacía.

Soy yo quien representa a las mujeres:
La muchacha, y la esposa virtuosa que
tiene una vena azul en la sien, y la cortesana
engañada.

Y cuando grito, oigo toda la sala
gemir.

Marta.—¿Cómo brillan sus ojos! No
me mire así, fijamente.

Lechy Elbernon.—¡Querida! usted me
gusta mucho.

¿Por qué se queda siempre así, sola?
Eso está muy mal.

¿Por qué no viene a verme?

Venga. Tengo algo que decirle

*Thomas Pollock Nageoire, a Luis
Laine.*—Yo también tengo que hablarle.

Las dos mujeres salen.

Thomas Pollock Nageoire, sacando del

bolsillo de atrás de su pantalón un puñado de billetes y poniéndolos bajo la nariz de Luis Laine.—¿Qué es eso, caballero?

Luis Laine, rechazándolo.—¡Get away!
¿Qué es lo que ha sacado ahí?

Thomas Pollock Nageoire, oliendo el papel.—¡Hum! Sí, ha pasado por muchas manos.

No encuentro que huela mal.

¿Qué es eso, caballero?

Luis Laine.—Y bien, papel.

Thomas Pollock Nageoire.—Sí, pero mire lo que han impreso encima: *dollar*. Y vea cuánto suma. (*Hojea el fajo.*)

Uno, cincuenta, cincuenta, diez, uno, uno, veinte, dos, cinco, cien...

Luis Laine.—Eh, hay mucho.

Thomas Pollock Nageoire, mirándolo fijamente.—*See, man!*

Usted dice que una cosa pesa tanto, ¿eh?

Tantas libras; y que tiene tantos *bushels* de grano en stock, tantos galones de petróleo.

Y cuánto vale todo eso en dólares.

Pues como todo

Tiene

Un peso y una medida, todo vale

Tanto.

Toda cosa que puede ser poseída y cedi-
da a otro precio. Tantos dólares.

Luis Laine.—*Well!* Nunca he tenido más que algunos pobres billetes en mi faltriquera, como papel de cigarrillos.

¡Pero miren el paquete que ha sacado de su pantalón!

Thomas Pollock Nageoire.—Escuche bien.

Aquel que posee una cosa no tiene sino esa cosa, y no tiene otra.

Pero esa cosa *vale*, y en ella él posee esto: que puede tener otra cosa en su lugar.

Y no hay ninguna que sea siempre buena. Cuando uno no tiene hambre, ya no parece bueno comer. Y entonces puede cederla a otro por su precio.

Luis Laine.—No se puede tener todo.

Thomas Pollock Nageoire.—Se puede tener todo por su precio. En la virtud del dinero se puede tener todo.

Luis Laine, mirando el fajo de dólares.—*Well!*

Thomas Pollock Nageoire, mirándolo fijamente.—¡Basta con que tenga dinero!

Luis Laine, mirando los dólares.—*Well, sir!*

Thomas Pollock Nageoire, violentamente.—*Cash.*

Luis Laine.—*Well, sir!*

Thomas Pollock Nageoire, poniéndole los dólares en las manos.—*Take that, man!*

Luis Laine, cerrando a medias los dedos sobre los dólares.—¿Cómo? ¿cómo? ¿Qué hace usted? ¿Por qué me da eso? No quiero.

Thomas Pollock Nageoire.—*Take that, man, I say!* ¡Coja eso, le digo!

¿Qué es un pequeño millar de dólares para mí?

(*Violentemente.*) ¡Y habrá otros! Meta eso en sus bolsillos.

Luis Laine mete el dinero en su bolsillo.

¡Y ahora escúcheme, señor! ¿Qué edad tiene usted?

Luis Laine.—Veinte años.

Thomas Pollock Nageoire.—Veinte años.

Silencio.

¡Hum! Cogió dinero del *boss*, ¿eh?

Luis Laine.—Estaba en lo de mi padre. Hace la banca en el Oeste.

Thomas Pollock Nageoire.—¡Escúcheme! ¿Qué quiere hacer? Hábleme francamente, pues puedo serle útil.

Luis Laine.—No sé.

Hace como si quisiera hablar, después indica todo el horizonte con un gran gesto de los brazos y sonríe.

Thomas Pollock Nageoire.—Bueno, yo he sido así. No podía permanecer en el mismo sitio, haciendo la misma cosa.

¡Pero, en fin, usted tiene una mujer! *Thomas Pollock Nageoire.*—Bueno, ella hace todo lo que quiero.

Thomas Pollock Nageoire.—Oh! es-
pere a que tenga niños:

Está usted cogido.

Entonces eso es serio, hay que mantenerlos.

¡Haga carne, haga zapatos, haga ropas, señor! ¡Pague, pague, pague!

Ya no tiene nada suyo. Ya no es de sí mismo, ni de día ni de noche.

Tendrá que trabajar como un caballo de mina. Y nadie querrá saber de usted.

Luis Laine.—¿Cree que nadie querrá saber de mí?

Thomas Pollock Nageoire.—Le digo la verdad: no.

Luis Laine.—¿Pero cómo hay que hacer, entonces?

Thomas Pollock Nageoire.—No sé.

Luis Laine.—No debí casarme.

Thomas Pollock Nageoire.—No tiene usted un centavo.

Ah! usted verá si es fácil hacer dinero Sin dinero, es como arañar la tierra con las uñas.

Está usted cogido.

Ah! Ah! He aquí que le han puesto la mano encima. Ya no podrá ir a donde quiera.

Luis Laine.—¡Iré! ¡Nadie me ha puesto la mano encima!

Thomas Pollock Nageoire.—Well!

Luis Laine.—¡Soy libre! ¡Nadie me ha puesto la mano encima! Mi vida es mía y no de los otros.

Thomas Pollock Nageoire.—¿Qué es una mujer? Hay muchas mujeres en el mundo y no hay más que una.

Luis Laine.—Es ella quien ha querido que la traiga conmigo.

Thomas Pollock Nageoire, sacando de su bolsillo un puñado de centavos y de piezas plata, con una pasión contenida.—¡Mire eso! ¿Qué son esos centavos, caballero!

¡Eso,

Es la vida, eso, es la libertad para siempre!

¡No me rehusé lo que voy a pedirle!

Le daré lo que le haga falta.

Suspira profundamente y abre la boca mirando siempre a Laine de frente. Silencio.

Thomas Pollock Nageoire, mirando a Laine con un aire terrible.—¡Piense en ello, joven!

Soy un hombre religioso, pero si quiere tener una cosa

El infierno no me detendrá, y no me haré condenar sin motivo!

Usted es Luis Laine y yo soy Thomas Pollock.

¡No se ponga delante de mí!, pues la pasión de un hombre no es la de un niño, y no tengo tiempo que perder.

¡Sí, aunque la muerte estuviese ahí, o aunque me condene!

¿Qué tiene usted que abrazar a una mujer

Para hacerla desdichada, y para ser los dos miserables?

Venga a almorzar conmigo.

—Eh?

Le daré lo que le haga falta. Libre para siempre, ¿comprende?

Yo he sido así también.

Luis Laine.—No sé lo que quiere decir.

Pausa.

Thomas Pollock Nageoire.—Yo mismo he sido así, pero bien pronto comprendí que ante todo

Es bueno tener dinero en el banco. ¡Glorificado sea el Señor que ha dado el dólar al hombre,

Para que cada uno pueda vender lo

que tiene y procurarse lo que desea,

Y para que cada uno viva de una manera decente y confortable, ¡amén!

El dinero es todo; es preciso tener dinero; es como una mano de mujer con sus dedos.

Mire, haga plata.

Luis Laine.—¡Bien quisiera!

Thomas Pollock Nageoire.—¡Haga plata!

¡Yo comencé sin un centavo! Pero no tenía mujer.

Y dos o tres veces de un golpe,

Lo perdí todo, *lots of fun!*

Hay de todo aquí, sea hábil, venda, ponga su nombre en su sombrero.

Pues éste es el mercado donde la vieja Europa compra.

Ellos hormiguean allá y no tienen bastante que comer.

¡Vaya al Oeste, compre un rancho!

Haga un surco, yendo todo el día en la misma dirección, y en él siembre trigo, siembre maíz!

El trigo indio, que tiene más de la talla de un hombre emplumado, presentando la espiga enorme y aguda. Crie un mar de cochinos.

Quizás me he equivocado con usted; usted comprende el valor del dinero.

¡Haga la banca, compre para vender! O haga no importa qué, pues un hombre listo puede hacerlo todo.

¡Pero haga plata! —Bueno, quédese a almorzar conmigo.

He aquí las señoras que vuelven.

Entran Marta y Lechy Elbernon.

Lechy Elbernon.—Es usted una mujer extraña. ¿Por qué,

¿Por qué permanece aquí? ¿Por qué no quiere venir a la casa, como se lo he pedido, en lugar de permanecer en esta mala cabaña?

Al menos ¿come con nosotros esta mañana?

Marta.—Excúseme.

Lechy Elbernon.—¿Cómo?

Marta.—Luis irá. Yo no puedo. No me siento bien.

Lechy Elbernon, mostrando una mariposa en la yerba.—¿Una mariposa negra?

Marta, mostrando la mariposa.—¡Mire! Cuando vuela es negra, y cuando se posa, es del color del polvo.

—Mi marido me ha dicho que pasó la noche en su casa.

Lechy Elbernon.—Sí.

Marta.—Yo estaba completamente sola, y qué tempestad hubo!

Y yo escuchaba del otro lado de la puerta

El mar laborioso, desenfadado, y a todo lo largo de la costa, a lo lejos,

Las olas que truenan en las hendiduras de la piedra; y el triple relámpago que llena la casa, mientras uno espera el rayo; y el inagotable fluir de la lluvia.

Y siempre la fuerza del viento que pasa, aplastando el bosque como un campo de maíz.

No se sabe lo que es; pero sopla, como cuando uno sopla.

Sopla sobre su mano.

Lechy Elbernon, mirando a Laine de

rejo.—Nosotros lo oímos;

El gran sauce por encima del establo fué desarraigado.

Marta.—De ese modo el mar,

Como algo que tiene miedo, advierte a las malas conciencias. ¡Me acuerdo cuando estábamos en medio de él!

Por la puerta veíamos como un campo donde queda nieve, y el mar en desorden bajo la lluvia, y la extensión funeraria.

¿Quién sabe por qué el viendo sola? ¿por qué, cuándo, las aguas se desplacenan y se aplacan? —La luz creada

Suspende su paso en el cenit, cubriendo de esplendor la extensión que la refleja.

Y la marea se ha retirado lejos

Antes de volver a donde estamos. Pero esta pena

Permanece y no se retira de mi corazón.

Toda la playa está sembrada de pedazos de madera y de ramas en las que aun quedan hojas.

Lecby Elbernon.—Es mediodía, y la jornada está partida en dos.

El sol devora la sombra de nuestros cuerpos, señalando la hora que no es hora: mediodía.

Y he aquí que la sombra gira, cambiando de flanco.

Luis Laine.—Si esta brisa no cae, podríamos dar un lindo paseo esta noche en el barco.

Thomas Pollock Nageoire.—Nonsense! Hoy es el Sabbath.

Lecby Elbernon.—¡Tommy!

Thomas Pollock Nageoire.—¡Well!

Lecby Elbernon.—Ha encontrado su salvación ya hecha.

[262]

Por eso hace su fortuna, pues es preciso hacer algo.

Luis Laine.—Cuando pasaba a caballo, atravesando el Missouri del Norte,

En el camino, en medio de un inmenso pantano,

Encontré a un miserable en harapos, todo cubierto de barro y con la barba como vieja yerba de invierno.

Y me pedía de comer, Hablando y poniéndose los dedos en la boca, y no vi nunca fauce tan vasta y tan profunda!

Y me dijo que hacía justamente un año, encontrándose allí,

Un viajero como yo, que pasaba, Le arrojó un puñado de monedas.

Y una parte había caído en el camino y él la recogió; y la otra parte

Había caído en el pantano, y él buscaba desde entonces, y no había podido encontrarlo todo aún.

Y me pedía de comer, y decía Que me daría su "Gracia-de-Dios" a cambio,

Pero yo no tenía más que cuatro espigas de maíz en las alforjas, y treinta millas todavía hasta *Horses beads*.

¡Su "Gracia-de-Dios"! ¿Qué quiere decir eso?

Thomas Pollock Nageoire.—¿Y usted rehusó?

No pondré nunca dinero con usted en un negocio.

¿Qué sabía? Era siempre algo bueno que obtener.

24

Lecby Elbernon.—Es así como nosotros cuatro canjeamos palabras,

Mantiéndonos juntos de pie, y nuestros ojos van del uno al otro;

La boca entrega palabras y la oreja las recoge.

¡Pero yo tengo la oreja fina como una urraca! Y las gitanas que tienen el ángulo del ojo curvado

(Pues viví con ellas un tiempo), me han dicho

Que si horadando la piedra de la tumba yo aplicase la oreja,

Acabaría por oír a los muertos en el fondo,

Pues hablan entre sí de dinero.

Y yo escucho, y oigo entre nuestras palabras tres ruidos:

El rumor del mar,

Y un pequeño estremecimiento en las hojas, como el aliento de alguien que duerme, y el grito

De las langostas en la yerba alta.

Mas puedo penetrar hasta el alma, pues la palabra

Responde en el pensamiento de los otros;

La misma escena. La tarde del mismo día.

Entra Luis Laine.—Marta está sentada delante de la cabaña; sacude algunas migajas de pan que han quedado en su ropa.

Luis Laine.—¿Y bien! ¿has comido?

Marta.—No tenía hambre.

Como cuando represento sé lo que el otro responderá.

Pues, así como hay una armonía entre los colores, hay otra entre las voces.

Y, como entre las voces, hay un concierto entre las almas, ya se odien o se amen.

Y nosotros, los cuatro, tenemos los cabellos negros, y es así que estamos reunidos

Como obreros que han alquilado para trabajar en una misma pieza.

Ah! ah!

Pongámonos en ronda, como hacen los niños cuando cuentan para saber cuál será cogido.

Cuenta.

Akkeri ekkeri ukeri an
Fillassi fullasi - Nicolas Jobn
Quebee quabee - Irishman
Stingle'em, stangle'em - buck!

Pausa.

Thomas Pollock Nageoire. — ¡Well!
Vamos a comer.

Salen.

ACTO II

Luis Laine.—Un pedazo de pan seco, ¿eh? ¿Es para avergonzarme por haber estado en su casa?

¡Y te haces tu pan tú sola! Pues no puedes comer el mismo que los otros.

Marta.—No puedo comer el pan que hacen aquí, no está cocido.

25

[263]

Luis Laine.—¿Y por qué estás siempre trabajando? No soy yo quien te lo pide.
Marta.—Pero no hay nadie que nos sirva.

Luis Laine.—¿Y por qué estás siempre mal vestida? Sentía vergüenza hace un momento

Ante ellos. ¡Mira la ropa que tienes!

Marta.—Es bastante buena para mí.

Luis Laine.—¿Por qué no has venido a comer con nosotros?

Marta.—No quiero comer con ellos.

Luis Laine.—¿Por qué? ¿qué tienes contra ellos? ¡Vamos, habla!

No nos han hecho más que bien. Te invitan gentilmente, y rehusas con grosería. Sigues siendo de tu país.

Marta.—No comeré con ellos.

Luis Laine.—¿Por qué, mala? ¡Vamos! ¡Di lo que tienes que decir! Valen tanto como tú.

¿Qué melindres son esos? Prefieres comer tu pan completamente sola, ¿no es cierto?

Pero es para contrariarme, porque crees que me gusta ir a su casa.

Pues tienes celos de todo lo que me agrada.

Y eso no me agrada, pero lo hago, sin embargo, ya ves,

Porque me conviene. Pero tú,

No eres sino una egoísta, eso es todo.
Marta.—Laine, ¿por qué me hablas así?

¿Por qué quieres que vea a esa mujer?

Luis Laine.—¡Esa mujer! Podrías ser cortés.

¡Vale tanto como tú! ¡Oh, sé lo que

quieres decir! Pero no hay que hablar sin saber.

No es lo que tú piensas, ella me lo ha explicado todo.

Pero tú te crees más razonable que todo el mundo.

Vivir pegado a la tierra no basta. ¡Hay la inteligencia!

Ella me escucha cuando hablo, y se puede conversar con ella, y no le parece que yo sea un loco.

Marta.—¡Oh, nunca he dicho que seas un loco, Luis! (Llora.)

No es culpa mía si no soy inteligente.

Luis Laine.—¡Vamos, no llores! ¡Vaya! ¡No llores, anda!

Es cierto, he sido brutal. Perdóname.

Marta.—Ya no eres el mismo.

Luis Laine.—Dulce-Amarga, eres simple y apacible.

Eres constante y unida, y no te asombrarán con palabras exageradas. Así fuiste y así eres todavía.

Lo que tienes que decir, lo dices. Eres como una lámpara alumbrada, y donde tú estás, se ve claro.

Por eso sucede que tengo miedo y quisiera ocultarme de ti.

Marta.—¿Miedo? ¿de mí? ¿Puedo hacerme mal? ¿Y qué temerías descubrirme?

Luis Laine.—Sí.

Parece muy prudente, y sin embargo es preciso que tengas una falla.

Pues

¿Cómo explicar que me hayas amado,

a mí, que no era sino un niño,

Y alguien que viene de no se sabe dónde? Pues no sabías quién era yo,

Pero no tuve más que tomarte de la mano y viniste conmigo.

¡Qué vergüenza deben haber sentido! Pues alguien al verte hubiese pensado que desposarías a quien tus padres te dijeran y que habrías estado contenta de ser su mujer.

Sí, yo era un extraño, y si otro hubiese venido... Sin duda te aburrías en tu casa.

Marta.—¡Laine, no hables así de ti mismo! ¿Por qué me humillas de ese modo?

¿He hecho mal en amarte? ¿y no te he desposado legítimamente?

Luis Laine.—Yo no era más que un niño. Pero tú, tú debiste saber y no escuchar lo que te decía.

Marta.—¡Es demasiado tarde! Recuerda que te respondí: "¡Aquí estoy y te pertenezco!"

¡Cuida de mí! ¡Pues me guardarás siempre contigo, ya te parezca dulce o desagradable! Y estaré suspendida de ti, pesadamente."

Y tú decías que me amabas.

Luis Laine.—¡Ciertamente yo te amaba! Y te amo todavía.

Vaya, Marta, no te haré ningún reproche.

¡Pero soy yo el que actué aturdidamente! Nunca debí desposarte.

El hombre tiene deberes. He contraído deberes hacia ti. Sí, no los desconozco.

Pero no puedo cumplirlos.

No puedo mantenerte. Todo va bien

ahora, pero ¿cómo haremos cuando tengamos niños, has pensado en ello?

Es preciso pensar en el porvenir también.

¡Déjame ir! ¡Déjame ir y no me retingas, como a alguien que se tiene de la mano, iluminándole la cara con una luz!

Iré allá donde no haya nadie conmigo.

¿Puedo acaso mantenerte? Mira, ¿qué es lo que sé hacer? He preguntado a Thomas Pollock Nageoire

Si era capaz de hacer algo, y me ha dicho que no.

Silencio.

Marta.—Es lo que me decía también hace poco.

Luis Laine.—¿De veras? ¿te ha hablado él ya?

Marta.—¿Ya?

Luis Laine.—Di. ¿Qué piensas de él?

Marta.—Que es muy rico.

Luis Laine.—¿Rico? ¡Es rico como un rey!

Marta.—Sí.

Luis Laine.—¡Un empuje terrible! Es como los *tugs*; los hay que empujan y los hay que tiran.

Marta.—Sí.

Luis Laine.—¡Se habla de él en todas partes!

¡Qué nervio! ¡Qué golpe de vista!

¡Tan rico, tan simple!

Me ha sorprendido ver que podía amar a alguien.

¡Y un verdadero rey, te digo!

Marta.—Sí.

Luis Laine.—Ha donado cien mil dólares al hospital de los Eticos. No me acuerdo ya, creo que es una sociedad de cultura.

¡Un rey!

Coge con una mano y da con la otra. Y aquélla que desposara...

Marta.—¿Cómo? ¿no está casado ya?

Luis Laine.—No ves las cosas como se debe.

El matrimonio es un contrato y se disuelve por el consentimiento de las partes.

En cuanto a Lechy, no se empeña en seguir siendo su mujer.

Tú sabes, es una artista, dice que yo soy un artista también: no le importa el dinero. Y él nunca la ha querido.

La tiene, pues bien, como se tiene un caballo.

Marta.—Sí.

Luis Laine.—¡No es lo mismo!

Es un hombre reflexivo y que no dejará caprichosamente a la que haya amado una vez de veras.

Tener

Una mujer simple y dulce, ¿eso es! —¡Quisiera que fueses dichosa, Marta! Quisiera haber reparado el mal que te he hecho.

Escucha. ¿Quizás ya sabes lo que voy a decirte?

Marta.—¿Quizás lo sé?

Luis Laine.—Escucha, y no tomes a mal lo que voy a decirte, y piensa que me es muy duro.

Pero reflexiona, y tal vez ya has reflexionado.

No sé lo que te dijo esta mañana.

Mírame bien y considera si puedes esperar de mí

Otra cosa que tormento y pena.

Pues un espíritu terrestre habita en mí, y la razón en ello no puede nada.

Y no harás de mí lo que quieras.

Déjame ir y no te liganes a mí.

No yo sé lo que él te dijo esta mañana,

fiana,

Pero

Si es que te habría querido para ser su mujer...

Marta.—Ho! ho!

¡Reconoce mi rostro! ¡Mira el rostro que hacia el tuyo se volvía con reverencia!

¡Mira el rostro de tu mujer y contéplalo cubierto del fuego de la vergüenza!

¡Oh rojez insolente! ¡Oh rubor, He aquí que estallas, de suerte que en ti mi cara se dilata!

¡Afluye, calor! ¡Estalla, oh sangre! ¡Llamea, rostro ultrajado!

¡Luis, has hecho algo vergonzoso! He aquí que has vendido a tu mujer por dinero.

Dices que no sabes lo que me dijo, pues sabe que no me dijo nada.

Pero, sin decir una palabra, me asió con las manos como una cosa que es de aquél que la coge.

Si yo fuera el perro que duerme a tus pies,

O el caballo, viejo servidor que es tiempo de vender para que sea sacrificado,

No pondrías la cuerda en la mano del comprador

Sin alguna pequeña pena quizás.

Pero deseas ardentemente librarte de mí, y el dinero viene por añadidura.

¡Desdichada de mí!

¡Me he dado a ti, y desdichada de mí porque me has vendido,

Poniéndome la mano sobre la espalda, como una bestia que se vende en pie! Y he aquí que estás contento,

Como el padre de familia que, habiendo concluido un trato y repasando cada punto en su espíritu, se siente lleno de alegría,

Pues piensa que es el ganador y no el que ha perdido.

Luis Laine.—¡Marta!

PAUL CLAUDEL

Traducción de CINTIO VITIER

(Termina en el próximo número)

Dos Poemas

(Traducción de Max Henríquez Ureña)

Apostilla del traductor. Traducir, ya resulta pueril y ocioso recordarlo, es un arte difícil. Traducir a Dylan Thomas es doblemente difícil, porque en una poesía como la suya, en la que cada vocablo puede encerrar tantas y tan misteriosas sugerencias, y decir mucho más de lo que expresa, hay que traducir primero el alcance esotérico que es fuerza descubrir en la concatenación de las palabras; y después traducir de un idioma a otro el significado de las palabras mismas, que no siempre es el más usual y vulgar.

Me he entretenido, a título de mero ensayo, en trasladar al idioma español dos breves poemas de Dylan Thomas. He querido ajustarme con estricta fidelidad al original, sin olvidar en un tanteo de equivalencias, el ritmo interior que da categoría de versos a los renglones de Dylan Thomas. Que la fidelidad rigurosa de los vocablos no conspire, al hacinarlos en otra lengua, contra la interna armazón rítmica: tal ha sido mi mayor empeño. M. H. U.

AMOR EN EL ASILO

Alguien, extraño, ha venido
a compartir mi alcoba en la casa que no está precisamente en la cabeza,
una muchacha loca como los pájaros
echando el cerrojo a la noche de la puerta con un brazo, su plumaje,
rígida en el envuelto lecho
mistifica con nubes fugaces la casa hecha a prueba de cielo,
y también mistifica con sus paseos la alcoba de pesadilla,
sin límite como el vacío,
o cabalga los imaginados océanos de hacinamientos masculinos.
Llegó aquí posesa,
como que recibe la ilusoria luz a través del fuerte muro,
poseída por los cielos
duerme en la estrecha artesa, aunque también pasea el polvo
y delira con su voluntad
sobre los tablados del manicomio desgastados por mis lágrimas
(ambulantes.

Y elevado a plena luz en sus brazos por tiempo duradero y grato,
podré sufrir infaliblemente
la primera visión que incendió las estrellas.

Y YO ME SIENTO MUDO...

La fuerza que armada de verde cuchilla se lleva la flor
se lleva mi verde edad;
la que hace volar en trozos las raíces de los árboles,
me aniquila y destruye.
Y yo me siento mudo para decir a la rosa hecha trizas
que mi juventud se quiebra con la misma helada fiebre.

La fuerza que hace pasar agua al través de las rocas
se lleva mi sangre roja;
la que agota y deja secos los estruendosos torrentes,
convierte el mío en cera.
Y yo me siento mudo para gritar dentro de mis venas
cómo en aquel arroyuelo de la montaña se sacia la misma sedienta boca.

La mano que remueve las aguas en la alberca,
agita la arena movediza;
la que echa su amarra al viento tempestuoso
se lleva mi vela desplegada, mi mortaja.
Y yo me siento mudo para decir al hombre que está frente a la horca
cómo de mi propia arcilla se hizo el barro del verdugo.

Los labios del tiempo van en busca del manantial;
el amor destila y recoge, pero en la sangre vertida
calmará ella sus desgarraduras.
Y yo me siento mudo para decir al viento
cómo el tiempo ha marcado con un tic-tac un cielo en torno a las estrellas.

Y yo me siento mudo para decir a la tumba del amante
cómo en mis propias sábanas se retuerce el mismo abyecto gusano.

DYLAN THOMAS

Epigramas de Viaje

Con el recuerdo de don Enrique Díez Canedo.

PORT-BOU

Lo que no cambia es este mar
verde oscuro de la montaña,
y estas piedras tan pulidas
y sobre ellas estas barcas.

Ahora que llueve en Nueva York
me estoy paseando por tu playa—
¡ay, mar mío Mediterráneo,
qué dentro estás dentro del alma!

CUEVAS DEL DRACH, MALLORCA

Caronte llega con su barca
llena de música—
que me lleven al otro lado,
aguas oscuras.

Que me lleven por tus entrañas,
Dorada Isla,
a meterme en tu corazón
de estalactitas—

Y después a salir al sol
y a respirar,
y a darte gracias, Dios mío,
por poder ver de nuevo el mar.

EL ESCORIAL

Con la claridad del mundo
en la campana de cristal
la cigüeña hace su nidial
en la parrilla de Felipe Segundo.

SEVILLA

Para ver si no es sueño
el alma se pellizca;
es que no está en el cielo
sino en la Plaza de doña Elvira

CORDOBA

¡Ay, Cristo de los faroles:
ya ves que he venido a verte
solo y de noche!

SALAMANCA

El amarillo sol se estanca
en piedra y piedra
y hace arder la dorada Salamanca

SILOS

Aquí, Santo Domingo,
claro, y el maestro Berceo.
Y aquí también el ciprés
con el fervor de Gerardo Diego.

CASTILLA

De Burgos del Campeador
a Covarrubias de Fernán González
es tanto el polvo de la Historia
que se me empañan los cristales.

GUADALUPE

La ventana
abierta sola a la montaña
y la tarde
grave
cayendo
a campanadas sobre el pueblo.

Y en medio de la hora,
mi Salve para Ti, Dueña y Señora.

EUCENIO FLORIT

A la Virgen

Para FINA GARCÍA MARRUZ

Harpada de rocíos la alborada
granizando las flores descendía:
la azucena su nieve suspiraba
quebrándose en perfume y melodía.

Surtidor de la gracia te soñaba
y en espiga de luz te sonreía;
se vió tan pura el agua, que cantaba
y tu nombre en sus halos desleía.

Olvidando la tierra por tu huella
su gravedad y sombra sin consuelo
sintió de nuevo renacer estrella,

y rompiendo de la tiniebla el velo
a través de tu puerta franca y bella
se vió provincia y estación de cielo.

PAISAJE

Ventana, a la luz lanzas
tus brazos, abres tus hojas,
como un pájaro sus alas
y haces la estancia sonora.

Traes las voces de la calle,
los ruidos de los pasos,
los perfumes vegetales:

ese cotidiano río
de los cabeceantes carros
y los salomónicos gritos
de los pregones frutales.

Te entregas también ventana
a las verónicas del aire,
con las familiares telas
tendidas en las solanas,
—oh policromo oleaje—.

Allá, a lo lejos, un árbol
derrama su alzada copa
sobre los rojos tejados:
flechando su fresca fronda
llegan azorados pájaros.

Allá una aérea espadaña
fija su aguja de piedra,
donde tenue luz morada
quiebra el perfil de la tarde.
Desde la esquila lejana
llueve—sombra y sueño—el ángel.

I

FORMAS DE BALADA

Tiemblan las raíces, crujen
bajo el caudal de las sombras,
hasta donde la piedra cae
y enmudece el agua sola.

Vibrando en la luz última
a la embestida del pájaro,

toca la estrella a la hoja,
que baja al árbol soñando.

Soñando el silencio se alza
con la forma del ciprés.
Rumor remoto la fuente
bordonea no sé qué...

No sé qué ráfaga azota
por donde sueño y marchó,
hollando oscuras semillas,
fragmentos de yertos astros.

(Marchan riberas del río
que se hunde en la lenta tarde.
Soñar la bruma violeta
acampando en los pinares.)

Rumor antiguo de musgo
quiebra el agua por la piedra.
Frente al azogue nocturno
desnuda tiembla la tierra.

Tiembla la tierra, cruje
desde sus sordas raíces,
mientras renace la noche
dilatándose en el aire.

2

Hasta donde el silencio se alza,
hasta donde la piedra nace,
hasta donde sueña el agua
y gime en la forma del sauce.

Trae el aire con la sombra
no sé qué extrañas voces
de aguas y crujientes hojas
doblando la espadaña de la noche.

Viene errabundo sobre los árboles
con sus rondallas de laúdes
el ancho mar insomne.

Rondando por las arenas
llega con ecos oscuros
y cifras de las estrellas.

Reptando sobre el césped
se avecina el silencio
con su gran rumor verde.

Peso y temblor de la noche
bordea el muro del patio
y la hiedra gris recorre.

Y así solo entresoñando
se para la noche insomne
lamiendo el musgo del patio.

ÁNGEL GAZTELU



Retrato de Eloísa Lecama Lima, óleo, de MARIO CARREÑO

Azalea de Papel

Apartando las hojas verdes que halló creciendo sin desafío hacia el polvo, avanza un poco más. La tierra quema sus pies. Aparta los sospechosos ángeles del bosque, a las fuentes que se esconden tras el golpe de las seringas amarillas. Con una hoja limpia de su frente un hilillo de sangre. No oye a los pájaros de los finos días que se han aquietado. No soporta los jóvenes oros flotando en los frutos granados ni al alba de cromo no oculta. Su casa no fabrica de símbolos urgidos de la ausencia, del sueño que se humedece. Escucha, quiere entender: cuanto dejó atrás se habita, su tienda no es lo más bello sino lo más profundo: su voz, que transitan el raído escorpión y la luna cegada, la niña y la dulzura del diálogo cortado.

*

La niebla no importunaba la belleza que de ella recogía. No era que se plegase en gigantes liras en los arbustos, atardecidos y rojizos, extendiendo las breves aguas de unos astros que descendían sin evitar a nadie. La música cubría las cabezas de polvo de las perras con la espuma mortal en la boca. ¡Qué bella retórica, qué habilidad de cauto ofebre se ofrendaba! Pero luego sus joyas del aliento, encendidas, entran como picachos de gracia y destrucción, y rompían los amuletos del lejano azul, y eran el sur mojado, de rocas inmensas, donde el hombre miraba el frondoso infinito de inextricable realza.

*

Fué cuando abrió las noches con un gesto suave del hierro. Corrido el cendal, halló a la grotesca muerte diurna sentada sobre unas ancas musgosas brindando su gran árbol de lágrimas del éxtasis. Allí se precipitaban las glorias de todo amor despojado, arrebataando a la memoria de los carnales ángeles un cántico, nunca antes oído, frío, sin conjunción de lumbres. Cuando el invierno cubre los jardines una vez la nieve deja un pétalo cárdeno, cantaba un pobrecito pájaro que iba a morir, dulce ave. Conoció que tantas danzas ávidas de enigmas, turbias, se

resolvían en la respiración de los sentidos en dicha, porque la poesía allí se asentaba, y el fulgor, el rostro de la vida estaba allí, pero, seguramente, al final, para que, todo, se adorara.

*

Sereno su gran ojo sufriente, conocedor del verde que danza al estallar, del amarillo que muere silbando, sensato rey de amor, crecido también como una aguja de tuna verde, o un coro de niñas, impreciso. Su gran ojo, aislado, horada el humo quieto de la belleza al seguir la impuesta ruta. Pero por los salmos de gemidos estériles eleva su espada cubierta de fulgurantes ojos. La clave en la testa grande y dura, mirando impura. Clava su estandarte, lejano, con lejana mano, ajeno a la melodía de las inservibles reliquias. Es ya el instrumento de la ajada aurora en sus labios, con la palabra honda del adiós que no sabe pronunciar. (Siempre fué el desligado bajo el orto, el ignorado por la curiosa madre selva, y su divagación bajo los abiertos colores, los más graves y serenos de la muerte del cielo, no impidió que se derrumbase cantando).

*

La voluntad del hierro que se deshace evoca, el azar que da un férreo golpe sobre la boca del iluminado y después le mina. Esto le sobrecoge. Los invisibles movimientos de la ira azulando montan sobre el amor de vista orgullosa. Es así que siente crepitar las fuerzas de su sangre con un estilo cargado de sabiduría irremplazable. Los músicos del Lago del silencio son, no los enfermos azules del divertimento. No recoge la bella pintura, añadida por costumbre de leprosos, untada de la tinta encarnada extraída del lodo de los naufragios. Lo sabe: las rojas bocas besándose en las playas escondidas, dichosamente besan los abismos del azar en la faz de piedra que vuelven a encender. El amante desaparece en brazos de la gloriosa mujer sin entregar las palabras que jamás le contienen. Esto le figura bien.

*

No puede ya morar el trono de la hojarasca, ejecutando los libros de la infancia. Imposible. Alcanza las cítaras presentadas en los lúcidos cementerios de las formas. Alcanza a los niños que no reciben compañía de animales de ojos enriquecidos. Alcanza a los árboles que de día enmudecen y de noche entregan el secreto de sus tintas. Al-

canza el carbón que cuece el rostro y lo dora donde no se vea. Alcanza al que, padeciendo, orna una begonia de papel con finura. Sus versos, como irónicas estrellas vespertinas, señalan el avance de la majestad nocturna, con tropa aún graciosa y franca. No es lo que oye, sino el alimento arrancado a los pájaros, el sopor de los viejos, la boca de las doncellas que ninguna mirada puede igualar.

*

La enorme abominación de los jamás insomnes por las lágrimas del pobre escupe en los inocentes, para completar un sentido de la naturaleza. Dulce dolor, que eleva sus volcanes en una suerte de sortilegio conmovedor que suena abierto, sangrante, y sin fin. Pero las violas pasan abajo con sus tenaces lenguas; no son palomas en la penumbrosa pared de la nieve. No le alumbran, pero le avivan. No alcanza a comprender cómo eso sucedería bellamente, o sea: en él. No es la voz, es el oro inflamado, chispeante, raud, la húmeda joya del fuego feliz, lo que se debate invisible. Un orto de humado cerco cayó. Se toca en la arena la fuga de la música tejedora, que la calentara. Surge al aire roto con gloria a la que no puede penetrar. El rítmico fluir del oro no lo bendice. Se anuncia el anciano con el tiempo temblando en sus dedos, su alma en olorosos fuegos decaída, la mirada de sombra sin los aros del júbilo animal alimentando el cielo. Hasta allí hay que esperar, hasta el murmullo de la fuente seca, el cortejo abrasado de la memoria cubierto de musgos de pus, la grotesca decadencia en los profundos silos, rodeados de instrumentos sordos, temblorosos el abismo, la mujer dormida en las arenas que las estrellas construyeron con su cuerpo.

Entonces, sobre las piedras, llameará, quizás, una olvidada piedra muy fina. Su paz de pálidas espinas no será olvidada, quizás ella agitará un ramo otra vez. Ah, Poesía, madre ardiente, amorosa, victoria de los pobres, paloma triste, amada mía, haz que, altos sobre nuestras miserias, no salga daño de nosotros, que nuestra inútil conversación halle vencimiento en luz suave, en vida, y así los hijos de la noche del crimen, los que al endurecer sus sangres pernoctan en los crueles cementerios de la impura sabiduría y la profanación, escuchen la voz, una vez, de aquel que los llama y los entiende, que orla su boca aun con una hoja orando al verde, débil más que el agua, débil como nada, cuando transita hacia el polvoriento destino de sus labios serenamente ocupados en cuanto habitan.

SAMUEL FEIJÓO.

Suite de la Reverencia

Escucho las desnudas reverencias.

Como el campo de amarillo frenesí, siesta labrada
en paños de jurado testimonio.
Y los silencios del esplendor doméstico,
la cabalgata medieval que sabe a dónde ya perdido
enrejado natal

oh lamento de volver por redoblados timbres.
Pero también las voces, los pañuelos lentamente imaginados
entre historias de casero desdén.

Ah fiestas de temblor jurado, ilusiones
tomadas como redondas alabanzas.
El camino nace por un golpe al abismo
entre las patas sabias de castigar el sueño.

II

Acaso el pañuelo del furor campesino, los animales
de doblado misterio sembrando las vecinas palabras,
los monstruos del rencoroso mediodía sollozando
oscureciendo

olvidando
mientras las alabanzas sellaban el silencio,
cubrían,

anhelaban?
El ciervo de discreción aérea en la tela secreta de la siesta?
Para entonces el aguador tan parecido a todo.
Y cualquier grito horrible brotando desde la tierra honda del pecho
ante la casa nueva,

soñada a veces como una espuma campesina,

ante el camino del caballo,
como una nada sin recreo por un frío faraónico.

III

La cabalgata apela a juicio del oído, el jinete
y la cabalgadura devuelven una forma sonora en la memoria
a veces sembradora de deseos;
pero el perfil es una forma ociosa,
el perfil es una ruina en su recreo
lentamente.

El paso del animal tiene la resonancia del espejo
donde el jinete obra su tiempo,
donde el hastío rechaza la reverencia.
Pero la comunión de los cuerpos hace una confusa melodía,
fantasmas de la siesta carnosa y fácil.

Desde luego, son las cobardes alabanzas,
reverencias también de lo imposible,
fiestas recelosas del aguador.
Y las vasijas milenarias en el patio tan triste
ahora ante el saludo del caballo,
ante la reverencia que el caballo repetirá mañana
salmodiando las alabanzas del aguador, las zambullidas
en la espuma doméstica.

IV

Ah ruina de mi cuerpo, ruina no vulnerada.
En el espejo los monstruos niegan,
pero regresan en rebuscadas reverencias.

El abismo es escoltado por un niño para el sueño,
el jinete y el abismo acuden al peso de una abeja.

Ahora la reverencia es sumada entre el adiós y el saludo,
entre las desnudas alabanzas y el olvido.

Porque una casa dice buenas tardes y muestra la espalda indiferente
mientras el camino dobla un gesto triste,
porque un río viaja entre el saludo y la muerte,
porque la nada y el río añaden
la cercanía que el adiós y el hastío recorren en los astros.

V

Un centauro recuerda la lejana reverencia.

La sombra de un centauro blande su pesado marfil,
la carne difunta y ya silencio.
Un centauro es como la memoria de una estrella
en el caudal sonoro de mi alma,
el disparate ecuestre donde el miedo falla
pero se reconoce sin ancianos documentos.

Las alabanzas callan,
el adiós y el hastío callan,
la sombra del centauro se madura.

JOSÉ BARBETTO

Mantua, P. del Rio.
1955

Otro Sueño

Perfecto credo el de aquel día. Un perfecto credo para Antonio, el pintor. Todo que se hacía presente con un fulgor desconcertante, como una manera imprevista de abrirse las cortinas en el escenario de un teatro.

Antonio estaba acostumbrado a su sueño, al volver de sus sueños: "repasando mi vivir", decía. Esta tarde se le hacía creadora. Pero creadora con un lujo distinto, como si todas las melenas de los parques, de las casas escandalizaran aviesamente el presente.

El presente, ah, esa era la palabra. El presente que se desbordaba por todos los lados, en lavatorio, en absolución.

"El presente lava los pecados", se decía. Y pensaba en su amigo, un poco travieso, que le repetía aquello de:

—Amigo Antonio, usted siempre va muriéndose dos veces. Dos veces, como le digo. Usted muere por lo real que no vive y, por los sueños que se le van muriendo a cada rato.

Pero Antonio no respondía, se respondía a sí mismo, en esa dialéctica minuciosa de los que sueñan. Se respondía de mil maneras, aunque sólo atinase a andar por un solo camino. Por un camino tan colérico, tan restallante como la realidad. Al fin, ¿Qué era la realidad? Porque Antonio sentía la realidad en sus cuadros. Amaba esa casi obscenidad de las líneas cuando agrupándose fijamente en los flancos de sus figuras, elaboraban—casi se diría que tostaban—la realidad de su cuarto. Y, era su propio lecho el que se consumía, devorado por algún claro-oscuro bestial. Al fin, sí, ¿qué era la realidad?

Pero aquel día era distinto. Ya se había dicho, y Antonio lo volvía a repetir: el presente. ¡Aquello era el presente! Y, ¿qué era? Porque no era una visita, una enunciación; no, de ningún modo: la ciudad estaba en su siempre, con todas las huellas de los hombres. Con todas las huellas digo, es decir nada humeante, nada que pudiera hacer cambiar el exacto laberinto de la realidad. ¿Qué era? Nadie sabría contestar, ni el mismo Antonio. ¿Acaso aquella extraña risa, sin embargo vulgar, que se oía lejana y que arañaba un poco los contornos? ¡Sabe Dios qué demonio de cosa es el presente!

Estaba a su lado... Ella. En la misma vidriera de la farmacia, exactamente frente

al cinematógrafo. Antonio no la había visto nunca. Y ahora encontrarse así, cuando él comenzaba a respirar.

Ella estaba, con aire descuidado, a su lado. ¿Qué miraría? Las vidrieras de las farmacias sólo sugieren pesadillas absurdas, petrificadas.

En su aire indiferente sus vestidos tenían el hábito de los días. "Como este mismo instante", se dijo Antonio. Y, sí, ella era el instante... Ya Antonio sentía toda la monstruosa presencia del momento, del momento sin más. Sentía en los cabellos de ella ese vivir lo actual, que es paradójicamente un tiempo roto por todos los costados. Así, cualquier viento, cualquier paso de los autos, empezaba a resucitar sus otras caras. Aquellas caras de niño: cuando se decía Hernando de Soto.

—Así era, así era—se repetía Antonio ante aquel vislumbre. Se decía Hernando de Soto! Se decía en el malecón cuando yo era niño. Se decía por mis tíos, por aquellos viejos republicanos. Sí, Hernando de Soto tenía todas las noches puestas. Se alimentaba de nuestros juegos, de nuestras sombras. Ah, los tíos, aquellos viejos republicanos con cabezas de nuestros juegos nos acompañaban después por San Lázaro. Ah, San Lázaro tenía largos callejones, tenía boticas que nos engañaban a cada vuelta de esquina.

Pero, ahora, alguien se arroja entre los peces y me alumbra un solo rostro que se va muriendo, que se ha muerto siempre. Ah, si lográramos olvidar a ese ahogado con su sangre de barajas muertas. Pero había... El mar, deteniéndose a veces, vertical, nos sobla un rato: eran las calles de la ciudad. Había cuentos, los abrían nuestras espaldas: un poco de sudor, de un salto, de un zapato de nuestra infancia. Ah, los viejos paseantes republicanos no se asombraban. Yo iba de la mano...

Ya ella estaba casi al volver la esquina. Había desaparecido del lado de Antonio. Pronto no se la vería. El pensó seguirla, quizás conocerla. Pero hay un simbolismo mayor en las ausencias, en las inhibiciones. Un simbolismo que venía de aquel día, de aquel presente. "Si la dejo ir, lo real, lo presente de esta ausencia irá proliferando hasta lo monstruoso. Mi sueño no morirá nunca."

Ella permanecía en el mismo lugar. Seguía, pronta a desaparecer. Los anuncios del cinematógrafo lanzaban fríos guiños, convidando a su habitual ración de sombras. El cinematógrafo, ella pronto a desaparecer, se roían sus imágenes en la conciencia de Antonio. Se roían, llegaban a deshumanizarse convertidos en fríos garabatos de aquel presente monstruoso. Antonio pensó en alguna magia, turbadora, pero fatalmente necesaria. "Todo comienzo es un túnel", se dijo. Luego se preguntó si en algún momento de su monólogo había amado a aquella sombra femenina que estaba al desaparecer.

Porque Antonio temía que antes de que ella desapareciera del todo, una confusión mayor le turbara. La confusión de las imágenes entrelazadas, abrazadas por aquel presente devorador. Sí, ella, los anuncios del cinematógrafo uniéndose, devorándose. Ella

que se hacía conmovedoramente infantil como aquellos anuncios. Los anuncios casi que enamorando todos los contornos con su obsesión de instante, de no estar mañana. Los anuncios, casi felinos, voluptuosos pregoneros de la sombra. Qué enloquecedor revoltijo esencial encendió la imaginación—la sangre se diría—de Antonio: toda la calle que estaba trastrocándose; febril en su estar ahí, delirante.

Cuando ella desapareció del todo, hubo un último remolino en aquel rostro del presente que obsesionaba a Antonio. Era como un látigo de discontinuidades que hiriese sus ojos. Ella se iba y, el presente, la realidad, elaboraban un sueño mayor en su estar ahí. Era el inmenso y boquiabierto garabato de las cosas sobre la fría planilla de aquel día. Ah, lo presente era también un sueño. Una atolondrada obsesión de ser un túnel. Una mágica revelación del vacío.

Antonio pensó en el terror, terror de las cosas. Pero no, no era ese terror de los muebles en la noche, de sus discontinuas palabras entreoidas; no era ese sabor sutil del terror que es como una somnolencia, sentida a través de no sé que mágico tacto que poseemos—ese mismo tacto mágico que a veces nos entrega la sensación de apresar algo entre nuestros brazos. No, no era ese terror. Era el terror de lo frío, el único fantasma del sueño de lo real. El frío, que se desprende de las cosas cuando están verdaderamente presentes en su terrible estar, en la desolación del mundo.

Pero ya lo hemos dicho: ella había desaparecido. Antonio sintió que los fantasmas de sus sueños volvían. Volvían desesperados, desmelanados, como aeronautas frustrados. Venían pidiendo el élixir de su antigua vida. Ellos perdonaban todo, olvidaría aquel naufragio de lo real; pero clamaban por sus antiguas coronas de espumas.

Algo infinitamente misericordioso recorrió a Antonio. Casi se diría que una lagrimita ectoplasmática deslizo su titubeo por sus ojos. Si a los sueños pudiera rezárseles, Antonio de buena gana lo hubiera hecho. ¡Ah, cómo no!, si los fantasmas del sueño tuvieran un dios, Antonio lo hubiera evocado; hubiera venerado profundamente sus grandes barbas de fantasmón celeste.

Pero, ¿qué había que decir a todo esto? Antonio regresaba. ¿Regresaba? Sí, a donde regresan todos los hombres en el crepúsculo. A esa última nube de la tarde donde los hombres de la calle, los de siempre, esperan acostarse algún día para dormir un poco más que de costumbre. Regresaba con todos: con los que parecen reír de no encontrar nada; con los que caminan rápido y después se aburren; con los que hacen como que regresan, desde hace muchos años. Antonio sintió como algo cruel todo aquel zumbido de los humanos; apresuró el paso, los sueños se le habían adelantado.

"Ya pronto acabará este presente", se dijo consoladoramente Antonio. Caía la tarde. El esperaba reconquistarse pronto, aliviar el desgarrón de la realidad sentida. Mientras, los fantasmas del sueño alborotaban el cuarto en espera de su otro yo, de su yo más comprensivo para ellos. Algunos, entusiastas, arreglaban su cama desternillán-

dose de risa. Otros se asomaban al balcón, familiares, amigos de todo. Antonio los contemplaba.

Después se acabó la tarde del todo. Antonio se había escapado a su trajinar, a su absurdo. "El sueño de una realidad", comentó para sí. Y volvió al sopor de sus antiguas ficciones, tapando a cada rato el agujero del vacío, el azar de aquel presente.

LORENZO GARCÍA VEGA

Viajero

Los tentadores brazos de su misterio
la bocacalle al viajero extiende.
La bocacalle son tres rostros
de las sonrientes muchachas de sus calles
cada una desnuda y embozada.

Cada calle, estrella,
profunda página inescrita
con la poesía de espuma
de la lumbré bajando la colina de la tarde
con aéreos pies de rápida esfumación;
de la eclosión de los lirios
de prontas espadas blancas.

La calle, cautivadora tipografía
de insondable poema
en el que detrás de cada letra arden jardines y cementerios,
y terribles menudencias,
y los volantes y poleas populares,
la formación de nebulosas de nuevas gentes
de cuyas constelaciones en los espacios de sus casas
apagados y silentes descienden los meteoritos de sus vidas.

La constelada noche de la calle,
el fulgurante día de la calle,
su desbruñida luz crepuscular,
no son el insinuador vestuario de mujer
que desvía nuestros ojos al enésimo desnudamiento,
porque detrás de él
es donde comienza a seducir la enciclopedia del misterio
en la urna del mundo de sus casas
de tantos cátodos oponentes,
de alfanjes de vitriolo

que sus palabras sepultan hasta la empuñadura.
De las parsimoniosas bartolinas de la Enfermedad,
de los epitalamios de azúcar,
y los pequeños jubileos del nacimiento;
los inexorables ciclos de avisador final
de cada abeja del panal de sus casas,
iguales y maravillosamente distintas.

ALCIDES IZNAGA

Poemas

FLOTANDO ETERNO VAS, COMO LA MUERTE

A las oscuras tardes me remito
en la magia proclive de una flor.
La ceniza tiré hacia el horizonte
como la noche sobre el agua tira
sus imanes de luz.
La ceniza en el fondo de la tinta
como la arena perdura bajo el sol
Ceniza: polvo logrado al fuego directo.
Destino mineral para mis huesos
y mariposa gris hendiendo el viento.
Extraño material, tierra de ausencia.
Polen sobre los siglos, flotando
eterno vas como la muerte.

AVANZA UN CLARO RIO

*"Como una rama en flor, al cosegado
río silvestre..."*

J. MARTÍ

Avanza un claro río de clamores.
resistiendo a los mugres sedientos de la noche.
En lacios remolinos diluido,
se fusiona en el barro a la ribera.
Resbalado el murmullo, ha decaído;
la biajaca de luna estremecida
hunde su travesía en el silencio.
Nos llega viscoso, el sonido de su aleta.

Va flotando no más, ya no navega
la tenue guadaña descendida
por los andamios tristes de yagruma.
Ímita un pez, engaña al remo
con esguince de onda o de fisóstomo.
Es más proa su envés que mi consuelo.
Una arruga olvidada frunce el agua.

ROCIO, VERDE VOZ

Con almendras desnudas
se refugia la sombra en los ramajes;
va escuchando: hojas, frutos, pájaros.
Verde es la voz de su encendido sueño
y apartado en raíces van sus restos.
Ya todo es lacustre prestigio en la llanura.
Ante la matutina acometida
arrepentido va elevándose el rocío
hacia las tibias nubes y la lluvia
por el dorso filoso del estío.

ISIDORO NÚÑEZ.

América, Murena, Borges

Los europeos hablan de América, la requieren, la presentan y, al cabo, la descubren; luego hay americanos que, a su vez, hablan de ella, y esperan finalmente, lógicamente, descubrirla también, repetir la hazaña europea. Ello explica las rumorosas oleadas de meditaciones sobre América. Algunas de ellas aspiran, además, a ser visiones *desde América*, dirigidas al continente todo—a menudo una América de frenesí o imaginación—, a un país, a veces a una sola vida, pero siempre con pretensiones de realizarse desde un supuesto de americanidad; así, por mencionar varios libros de este siglo, *Indología*, de Vasconcelos; *Tentativas y orientaciones*, de Reyes; *El laberinto de la Soledad*, de Paz; *Historia de una pasión argentina*, de Mallea. Entre libros tales—y muchos más: los de Martínez Estrada en primer lugar—desea inscribirse *El Pecado original de América*, de H. A. Murena. Este libro no es, desde luego, como tampoco ninguno de los mentados, un cuerpo de proposiciones demostradas *more geometrico*; pero tampoco deja enteramente de serlo. Alguna vez se asegura: “como quedará demostrado...” Sería pues arbitrario confinarlo a esa categoría de obras cuyas tesis no pueden aceptarse o refutarse porque no son tales, sino poemas; y cuyos poemas no pueden gustarse, porque no son sino tesis. Tolstói, y luego Vossler, han observado que a menudo llamamos poéticas a muchas ideas cuando dejamos de creer en ellas. Spinoza creía en su sistema; Goethe lo hallaba deleitable. Pero, en fin, repetimos que no es éste el caso del libro de Murena. Expone un punto de vista—sí se quiere con cierta efusión—sobre la realidad cultural de América. A través de los varios ensayos que lo componen, es lícito distinguir unas cuantas ideas que alimentan al libro; no creemos tricionarlo mucho si señalamos como la central la necesidad del parricidio histórico que América realiza, o debe realizar, la aniquilación de Europa. “Desde la mitología hasta las existencias individuales, pasando por las historias de los pueblos, se extiende esta ley del parricidio que inevitablemente debe acatar toda vida. Es obvio que en el caso de América debía repetirse y se repite.” América, pues, se zafa de su falso pasado —Europa—, conoce otra adanidad, otro pecado original, empieza de nuevo. Al principio de su libro, afirma Murena que América ha sido con frecuencia interpretada según clave europea, aun por los propios americanos: es una verdad que hay que reconocerle, y que es atestigüada por esta tesis del adanismo americano, tan típicamente europea que quizás lo sea más que cualquiera otra. Es la tesis que mantiene Europa cuando cree estar no defendida, sino abrumada por su cultura, cuando ésta parece convertirse en fardo. Si se permite el esquematismo desmesurado que requiere una nota,

podría recordarse que Europa ha vivido en varios momentos este cansancio: el Renacimiento, el tránsito de la Ilustración al Romanticismo, nuestros días. De resultados de ese sentimiento vuelve siempre, en una u otra forma, a una apología de la *naturalidad*, de lo primitivo—o de los *primitivos*—, de lo adánico; requiere otra vez lo auroral, lo que no ha sido dañado por el peso, ahora molesto, que ella misma al moverse engendra. Se recuerda al instante, con referencia al primero de los momentos mentados, a Montaigne levantando una de las iniciales alabanzas del hombre americano, en quien encuentra "vigorosas y vivas las propiedades y virtudes *naturales*, que son las *verdaderas* y *útiles*". (De los *caníbales*). Ocioso añadir que este tan singular elogio no tuvo entonces, por razones evidentes, repercusión en el pensamiento de los americanos. No sucedió así con el frenesí rousseauiano de la Ilustración. Aquí no es ociosa sino infatigable tarea perseguir esa influencia entre los hombres que se propusieron realizar, en lo político, la ruptura con Europa. Piénsese, ejemplo suficiente—y ciertamente necesario—, en Bolívar. La nostalgia por el *homo naturalis* que atenazó al ginebrino caminador y que llevaría al Romanticismo a despedazar a Homero, a perseguir romances y consejas, es la que hace decir a Bolívar: "Somos un pequeño género humano". Lo cual no puede entenderse en el sentido burdo, por obvio, de que tenemos diferencias con el resto del mundo; sino en el sentido de que, en cierta forma, constituímos otro intento de realizar la cultura con independencia, o al menos autonomía, de la historia previa. La historia previa es para nosotros, por antonomasia, la cultura occidental. Ser un pequeño género humano es, pues, haber roto—o intentar romper—con Europa; es haber realizado el parricidio. Interpretación esta de América como comienzo, que es una idea europea de América: es Europa viéndose crecer de nuevo. Pues para que de veras América sea una Europa desvestida es menester, no que la continúe o crezca paralela a ella, en cuyo caso sería la misma vieja Europa; sino que la anule, la olvide y recomience la aventura. Fausto no quiere ser un anciano incesante, sino un joven que empieza otra vez. La tesis del parricidio, reeditada ahora, presupone, pues, una de las claves más europeas para interpretar a América. Lo es, por lo pronto, más que aquella otra, ingenua, que cree que América debe hacerse de sentimentales retazos—Grecia más Francia más Alemania... Tal idea tiene por cierto una nota que falta a la de Murena y que, sin que añada o reste valor, parece ambicionar ésta: es una idea americana, ingenuamente, beatamente americana.

2

El libro de Murena tiene tres órbitas: la de América (*Los parricidas*: Edgar A. Poe; *El pecado original de América*), la de Argentina (*El acoso de la soledad*), la de algunos escritores rioplatenses (como Quiroga, como Martínez Estrada). Las dos pri-

meras visiones, con profuso empleo de la "psicología de los pueblos", persiguen notas americanas o argentinas. Preocupa sobre otros temas a Murena la labor de la generación de *Martín Fierro*—coetánea de la de *Revista de Avance*, en Cuba, y *Contemporáneos*, en México—: la generación americana que se propuso; hace unos seis lustros, un "nacionalismo europeísta", según expresión feliz de Murena; que se propuso buscar a un arte nacionalista, al parecer no europeo, porque Europa quería un arte nacionalista; que se propuso el parricidio, la desobediencia a la tradición europea, porque Europa le sugería el parricidio, le sugería la desobediencia a la tradición europea.

Entre los trabajos dedicados a obras individuales están quizás algunas de las mejores páginas del libro, como las del ensayo admirable sobre Quiroga. Pero no puede menos de sorprender la desmesura del desduido cuando quiere elogiar a Ezequiel Martínez Estrada, y decide—recurso retórico antiguo—confundir y disminuir los supuestos predecesores: "Se me dirá Sarmiento, se me dirá Alberdi, se me dirá Martí, se me dirá Echeverría, se me dirá Ingenieros. Respondo que eran hombres que acertaban con la verdad una vez por semana, un poco por azar, mientras que Martínez Estrada tiene la verdad a cada minuto, sin parar". Debe añadirse, en favor de Murena, que no es éste el tono usual de la obra.

3

Más de una vez se piensa en Borges al leer el libro. (No sólo, desde luego, en aquellos pasajes en que explícita y a veces elogiosamente se le menciona.) Quizás todos los argentinos hagan ya pensar en Borges, de alguna manera; quizás creíamos que intentaban recordarlo palabras como: "la superficial idea de que basta con ejecutar el parricidio mediante la erudición, mediante la vacua y estéril acumulación de conocimientos". De cualquier forma, la querencia, tantas veces insatisfecha, de conocer qué opinaría el aludido—o el supuesto aludido—no fué en este caso vana: lo que opina Jorge Luis Borges sobre la idea central de este libro puede leerse en el número 232 de la revista *Sar*. Dice Borges: "Esta opinión me parece infundada. Comprendo que muchos la acepten, porque esta declaración de nuestra soledad, de nuestra debilidad, de nuestro carácter primitivo tiene, como el existencialismo, los encantos de lo patético". Y añade: "Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, creo que nuestra tradición es Europa, y creo también que tenemos derecho a esta tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación de Europa". Y ello por una razón que Borges fortalece con una cita glosada del sociólogo norteamericano Thorsten Veblen, y que ya había aventurado Reyes en su *Posición de América*: el americano, dentro de la cultura occidental (que a su vez implica ese sumo carácter ecuménico que nos

dibuja Toynbe en su *Estudio de la Historia*), está obligado a una universalidad de que suele dispensarse el europeo. Desde luego que esto, a secas, podría ser una característica, pero a duras penas una virtud; sería, a lo más, una peculiar forma de consuelo, similar a la que, en otro orden, hallamos en las páginas de un laborioso pensador español de nuestros días: "probablemente—afirma—el estudioso español tiene hoy una idea más ajustada a la realidad de lo que es la filosofía en el mundo que el intelectual medio de Francia, Inglaterra o Alemania; al no poder atenerse a lo español, ni siquiera intentarlo, el intelectual de nuestro país tiene que contar desde luego con el mundo, y se orienta según una escala de jerarquías más independiente y justa". Pero esta extranjería que deja al americano ver el bosque, lo capacita también para *ser bosque*—que es, en última instancia, lo que interesa—, de una manera propia: el americano está animado de una peculiar ligereza, de cierta travesía amplitud que puede permitir—para que el ejemplo sea inmediato—la obra de Jorge Luis Borges, en quien la nota americana más alta es, no la renuncia a Europa o la tonta danza planetaria en su derredor, sino la manera voraz, entre maliciosa y grave, de utilizar sus formas. Su deleitosa erudición, en la que nadie iría a buscar centones de alejandrino crepuscular, esa algarbía como de biblioteca multicolor, es ya una nota del americano; que, en forma más reposada, aparece también en Reyes—es obligado, desde hace algún tiempo, unir estos nombres. Nadie, a la verdad, debe llamarse a engaño sobre la naturaleza de su obra: es candoroso suponerla una suma de saberes europeo; es, mejor, una suma de delicias, pero delicias para el americano, desde él. Y al cabo, no el tema de América, sino la radicación espiritual de su expresión, habrá de darnos el rostro que ávidamente buscamos, y que es para Murena el blancor inicial y para Borges otra mirada del Argos europeo. Porque ese rostro es siempre una sorpresa: la del hombre de las catedrales que ignoraba ser un medioeval, o la de las estrellas que forman la Osa Mayor y que, como ha contado alguna vez Cocteau, "no saben cómo están colocadas, no saben que la tierra las ve componiendo ese dibujo."

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Paradiso

CAPITULO V

El padre de José Cemí, a quien vimos en capítulos anteriores dentro de las ordenanzas y ceremoniales de su jerarquía de coronel, lo vamos a ir descubriendo en su niñez hasta su encuentro con la familia de Rialta, su esposa, su alegre justificación y su claridad suficiente. Alcanzaba el coronel todavía el árbol universal en la última etapa feudal del matrimonio. Inmensas dinastías familiares entroncaban con el misterio sanguíneo y la evidencia espiritual de otras tribus. Es decir, el hermano de Rialta había sido su primer y más suscitante amigo. La madre de Rialta, la señora Augusta, era también un poco su madre, pues él era huérfano desde los diez años. Así las dos familias al entroncarse se perdían en ramificaciones infinitas, en dispersiones y reencuentros, donde coincidían la historia sagrada, la doméstica y las codenadas de la imagen proyectadas a un ondulante destino.

En las conversaciones prolongadas de las comidas, José Eugenio Cemí, el futuro coronel, ahora en sus doce años, bromeaba con su tío, llegado del central "Resolución"; toco, aunque bien plantado y con destempladas presunciones de guajiro tipo; hablador, aunque con abundoso riego de palatales trocadas en sílabas explosivas, en incorrectas divisiones de sílabas y en ingurgite de finales de palabras. A los pocos días de descubrir La Habana de 1902, y de haber trepado como un feudal y orgulloso halcón, las más baratas y superiores localidades, para oír las arias de María Barrientos, decía más para demostrar su rauda incorporación de las modas de La Habana, que sus melindres ojizarcos en cosas de arte: *Es fascinante, sencillamente fascinante*. Y si alguien le argüía las fallas de la escuela española, *ese trágico sí sostenuto*, como él decía, la suma de notas altas y agudas, pues la escuela española era la suma de la perenne agudeza italiana con la altitud de la española menos contaminada; la desconsideración para con la cuerda media, prefiriendo el registro alto a las seguridades clásicas de la imposta, como en la lección de piano de *El Barbero de Sevilla*, donde invariablemente María Barrientos, nos servía el *aria de la locura, de Lucía*, sus notas eran tan altas que llegaban casi a la estridencia que rompe el cristal, mientras descuidaba ese adormecimiento de la voz, esa errancia en la que el sonido debe de carecer de guardia y conocimiento, para refugiarse en una extensión sin nombre y sin humeo en sus moradas más lejanas: Todavía filibusterismo, decía, eso ya está anacrónico, hay que dedicarse a otras cosas y sobre todo a trabajar. Cojan la voz en estado puro—continuaba—, y

gócenla sin adormecimientos ni clarines de degüellos. A trabajar y a oír buenas voces, magnífica divisa—terminaba exaltándose y liberando su rusticidad bien visible de recién arribado a La Habana.

Como el dinero de José Eugenio, aún de doce años, y el de sus tres hermanas en edades que fluctuaban entre los diez y los quince años, era el único que entraba en la casa, le daba cierta improvisada e insolente superioridad, de la que muy pocas veces se aprovechaba, marcando a veces esa superioridad más por sobresaltada euforia, por las excepciones y rupturas propias de su edad, que por sentirse dueño de las llaves de la economía familiar. Se habían quedado solos después de la sobremesa, José Eugenio y su tío Luis Ruda. Después de los alardes de conocimientos cantabile del tío Luis, el infante sintió acrecida su voluntad de humillarlo, de llevarlo otra vez a los límites bien visibles de su rusticatio: —Si pronuncias bien la palabra reloj, —y subrayó el detonante ruido gutural—, te regalo el que yo estoy usando, pues pienso comprarme otro. Te lo regalo para que después de la ópera, no te demores tanto en llegar a casa y despiertes a los que estamos disfrutando de este diciembre de maravillas. Enseñó sus dientes el tío Luis, como un equino en una feria de la región central, y comenzó sus esfuerzos miguelangelescos por alcanzar el sonido gutural, después de la trampa en que caía su aliento al ir más allá de la vocal cerrada inexorablemente en agudo. Resoplaba como el fuelle de mano de un alquimista de la escuela de Nicolás Flamel; lanzaba como un Eolo toscas bocanadas o aflautaba sus emisiones, pero el chasquido gutural en los últimos oscuros de la bóveda palatina no surgía, como un pedernal sudado en el bolsillo de la marinera. Cuando José Eugenio se dió cuenta que era un imposible para su tío Luis la obtención de ese chasquido, exclamó nerviosamente: —Cógelo—, y lanzó el reloj al aire, pero su tío en demostración de su rusticidad pegó una revólvera y lo atrapó a media columna, afirmando su anarquía prosódica en la comprobación práctica del triángulo de Horschell, pero su espléndida elasticidad muscular de jutía carabali dominando el espacio de una hojosa copa de ceiba, trenzada de lujuriosos laberintos y de parasitaria humillación. Esa noche su tío Luis llegó de la ópera más tarde que nunca y tuvo el cuarto encendido hasta la madrugada. José Eugenio sintió la tosca e inocente venganza del provinciano operático, humillado y reptante hasta adquirir un bien entresoñado, y después indiferente, desafiador, y manejando despiadadamente los registros de su olvidadizo resentimiento. Sus fingidos olvidos, duros como granadillos, eran sus tentáculos defensivos de amiba frente a la circunstancia. Su rústico tío Luis, había metamorfoseado la dignidad del olvido en un flagelo amibodeo.

El tío Luis seguía aprovechándose de la concurrencia de la familia en las comidas para lanzar algunos de sus encandilamientos o adquiridas sorpresas, y al convencerse de que José Eugenio y sus tres hermanas lo veían muy inferior y desacomodado, re-creducía y subrayaba cada uno de sus hallazgos encarnados en banalidades. Su madre,

doña Munda, que cuidaba de los cuatro hermanos después de la muerte de sus padres, se sonreía, cabeceaba la rendida maravilla, y después repetía con los más cercanos vecinos aquellos aciertos, olorosos a recio tamillo campesino, pero inoportunos e hirientes, como si fueran napolitanas pelotas polvosas lanzadas a los rostros de los manumitidos y espantados espectadores, familiares o muñecos de barbería, amigos o peles de cafetucho, como hacía en su pueblo de Rancho Veloz. Entresacó una cáscara de limón de la natilla, que cerraba unos dominicales ajtes con pollo, le preguntó a su madre doña Munda: —¿Es cepa siria o persa? Yo prefiero la cepa siria, pequeños y muy amarillos. Son de un amarillo cansado, como el oro que se ve en la tiara de algunos reyes asirios. El coro familiar se entonteció en un espesísimo silencio, las miradas se ocultaban unas de otras para no levantar la risa de los cuatro hermanos. La abuela Munda para salirle al paso a las contenidas malicias irónicas de los pequeños, le dijo: —Eso lo debes de haber leído en el libro de Reynoso, que teníamos en el ingenio, aquel que el capataz ponía arriba de su mesa los días de inspección y de rendir cuentas. De sobremesa el tío Luis llevaba la mano al cintruón recién adquirido, ahora muy ceñido por la incorporación excesiva de viandas y postres muy azucarados. —Piel de búfalo del Ontario, y la hebilla la mandé a hacer siguiendo un diseño de Jean Pelletier, platero de la Escuela de Lyon, no muy sobrecargada de ornamento, pero tampoco una cáscara de oro. Se despidió olvidando totalmente los garzones de la casa, y su adiós no parecía contar con ellos para esperar la nostalgia de su regreso.

José Eugenio se decidió a penetrar en una situación familiar que durante algunos años sólo había existido para él en indecisiones y reflejos. Pero las últimas insolencias y excesos del tío Luis, exasperándolo, lo obligaban casi a conversar con su abuela acerca de escaseces y dificultades de sus tres hermanas y él, a pesar de que sus ingresos lejoir de permanecer invariables, se enriquecían con nuevos aportes de ventas de miel de palma, comprada vorazmente por los asmáticos, pues su calor limpia el árbol bronquial de cargazonas y ramajes cansados. —Me es muy difícil comprender cómo los tacones de mis hermanas se doblegan, y las cintas que usan en los encajes amarillean y se deshilan, a pesar de que esta casa sólo se mantiene por los envíos del Central *Resolución*, mientras otros, —sólo podía aludir al tío Luis—, a quien no se le conoce trabajo desde que han llegado a La Habana, se compran ropas y hebillas diseñadas por plateros franceses. Y aunque usted, abuela Munda, dice tres veces todas las semanas: —el dinero de los huérfanos es sagrado—, ha terminado por ser sagrado, invisible y lejano, sólo para nosotros, que tenemos que vivir como pobres no siéndolos, y además teniendo que soportar ser los últimos de esta casa, cuando todo el mundo sabe que la única pensión por la que se mantiene la casa es la de nosotros. La abuela Munda lo oyó hasta el final con fingida frialdad, y después como una estatua de pesadilla, comenzó a dar

sus hachazos fríos, de caídos dedos helados, al principio lenta y silábicamente, después en turbión, dejándose arrastrar por sus palabras.

—Cuando su padre cargó con todos nosotros y nos llevó para el Central, no pensé que nos arruinaba a toda la familia. Estábamos acostumbrados al tipo de trabajo fino de Vuelta Abajo, al tabaco y a las mieles. Teníamos ese refinamiento que tienen las gentes de tierra adentro cuando están dedicadas al cultivo de hojas muy nobles, y a adivinar los signos exteriores de los insectos en relación con las estaciones. Ese trato con la naturaleza cuando elabora esos productos de distinción y excepción principales, el arroz, el té o la hoja de tabaco, pasa a las manos primero y a la visión para el primer después, pues los campesinos que se dedican a esos cuidados tan exigentes que casi siempre acaban por enfermarse de silencio y de soledad, son como los volatineros o los armadores de *bullet*, hombres nacidos ya distintos y con la silenciosa nobleza de quienes acompañan todo gentil desarrollo. Así tu tío tiene esa necesidad de remilgo y de sentirse excepcionado en relación con los demás. Me recuerda aquel escritor francés que nos hablaba del placer de saber que era la única persona que estaba tocando el violín a las tres y media de la mañana. (Posición ingenuamente maliciosa, pues para todo verdadero artista el momento de la creación es siempre un poco la medianoche.) Así cree que su cinturón es único al venir del Ontario, su pasión por la ópera lo hace sentirse un monarca del despotismo ilustrado, o su erudición por las cepas de los limones provocar destructores envidias. Es una incoherente que tiene raíces muy fuertes. Un día llegó toda la *troupe* pinareña de los Méndez al *Resolución*, y aquellas escandalosas y malolientes extensiones de verdes, aquellos sembradíos de caña vulgarota y como regalada por la naturaleza, para nosotros que éramos acostumbrados a un paisaje muy matizado, al principio nos desconcertó, pero acabamos sometiéndonos a la decisiva extensión de sus dominios. Era en el fondo el sometimiento de toda mi familia a la brutal decisión de tu padre. Entre los dos había una gran diferencia de años, pero apenas se notaba, pues tu padre era siempre el fuerte, y tu madre, mi hermana, la delicada. Ella tenía diecisiete años y él treinta y siete, había esa diferencia de años que separa al padre de los hijos. Pero a pesar de eso, mi hermana Eloísa parecía más cerca de la muerte, y él abrevando a chorretadas el agua de la vida. Pero el Central estaba en una hondonada, y muy pronto se fué sintiendo catarrosa y debilitada, y añoraba los pinares y la tierra purificada por debajo del mar, en una tierra que forma después gruta para los ríos. Había que fijarse tan sólo en el pescuezo de tu padre, y en las aletas de la nariz de mi hermana, para ver que sólo las diferencias los unían, las desemejanzas que se podían comprobar detalle a detalle, terminaban en una incomprendible unión y religación casi sagradas. Esas mismas desemejanzas lo habían hecho uno para otro. Tu padre tenía pescuezo de torete, inmóvil y como de piezas soldadas, cuando viraba el rostro parecía que volteaba todo el cuerpo. Era lento, ceremonioso,

parecía que guardaba sosegadamente límites y sombras en el bolsillo del chaleco. Tu madre tenía la rapidez invisible de la respiración, parecía habitar esa contracción, ese punto que separa lo mineral grabado por la secularidad y el desprendimiento, del nacimiento de lo que bulle para alcanzar la forma de su destino. A veces, me fijaba despaciosamente en el cuello de tu padre, y después estaba largo rato como siguiendo con mucho cuidado, temerosa de que fuera a desaparecer esa vibración que me era tan grata, las aletas de la nariz de tu madre. Así acababa, cuando volvía a fijarme en el cuello inmutable, por ver como se había apoderado de él como un esbozo de ondulación en una esbeltez imposible. La atracción de los vasos por los ingleses parecía continuar su tradición en esa pareja, pues tu madre era hija de descendientes de ingleses entroncados con cultivadores de la hoja del tabaco. El valle donde estaba el "Resolución" era muy bajo, su ausencia de litorales y playas, hacían un aire muy espeso, adensado, que la sutil respiración de tu madre sentía como si la obligasen a respirar por debajo del mar. Decidieron, para su mal, que pasase unos meses en Viñales, en la casa de su hermana Enriqueta. Los primeros días de estancia le advirtieron que rehusara la miel de palma y que probara sin susto la miel de la flor azul. Pero mi hermana Eloísa sentía un asco mágico por todo lo que fuese alimentos oscuros, impenetrables. Su esposo, el vasco, quería que saboreara los chipirones rellenos, bastaba su poca refracción, su escasa acogida a la luz, para que los rehusara mirando hacia la pared, pues su contemplación la nauseaba. La miel de flor azul perdía el color de oro quemado, de hilacha de Lohengrin sobrenadando en la calbagata alemana, que tenía la miel clásica. Las abejas sólo libaban en la flor azul y producían una miel que competía con las de más espléndidas tradiciones mediterráneas. La otra miel, la de palma, estaba hecha reemplazando el panal por la oquedad que hace algunas palmas. Las abejas libaban en la propia circulación de la palma, se hundían en sus corrientes para extraer la ambrosía. Pero no podía eliminar un sabor, que algunos preferían en la miel de menjunges más que a la de golosinas, como a aceite de coco, a viviente linfa clorofílica. Su terror a incorporar la impenetrabilidad, el alimento oscuro, la perdió, ay, irremisiblemente, pues cogió un tifus negro que en dos semanas la llevaron a ver al Canciller Nu, el victorioso, que es el primer portero del submundo de los egipcios. Las raíces de la palma se prolongan como hilos, tienen que tardar en purificar la linfa que va a ascender, pues la extensión de la palma requiere un humor ligero, muy filtrado, para que pueda trepar por dentro. Esas raíces se extienden a las tierras corrompidas, donde el humus ha permanecido ablandándose y haciéndose más rendido a la invasión de aquellos hilos que buscan su veneno. Por eso fue advertida que cuidase de la miel de la palma, muy transparente, muy ligera, pero donde sobrenadan los gérmenes del líquido corrompido. Su muerte picó el orgullo de tu padre, la tomó como una ofensa. Y todos los de nuestra familia comprendieron de inmediato que estaba

perdido. De la misma manera que algunos años antes se había convencido que él era el fuerte, y eso justificaba nuestro sometimiento, y que todos nos colgáramos de él como de un clavo en una piedra. Repetía cuando se encontraba con alguno de nosotros: —Dios no me debía haber hecho esto, ha sido una injusticia de Dios—. La muerte de su esposa lo hizo sentirse irremisiblemente incompleto y entonces el orgullo comenzó a volarle la cabeza. Un deseo de silenciosa venganza empezó a martillarle de día, cuando revisaba el trabajo en el ingenio, y por la noche, cuando nosotros lo rodeábamos, y ya no quería comer en la mesa, pues quería ocultar que no comía, y todo lo que la naturaleza podía regalarle, lo despreciaba. El orgullo de que había sido insultado por la divinidad, y el desprecio de todo lo que él creía que provenía de su enemigo, hicieron que toda nuestra familia contemplase con terror sagrado su hundimiento. Cuando se convenció de que se moriría muy pronto, se le vió un solo día sonreírse, fué cuando creyó que ya podía dirigirme la siguiente frase, que siempre recuerdo con escalofrío: —Dios no debería haber hecho eso. Hizo una pausa y concluyó: Ni yo tampoco debería haber hecho esto—. Su orgullo lo había convencido diabólicamente, que por medio de esa venganza se igualaba a la divinidad. Así es como yo interpreto esa enigmática actitud suya, pues cuando me dijo esa frase, esbozó con desgano una sonrisa helada. Todos nosotros lo reconocimos en seguida a él como al fuerte, al que podía expresar los deseos que recorrían a mi familia, demasiado sutilizada por un paisaje pequeño y precioso, poblado de gracias adorables. Mi padre se levantaba a las cinco de la mañana, pues cuando el alba era ya demasiado apoyada se tornaba muy irritante para las hojas de tabaco recibir al mismo tiempo el riego de aguamanil. Mi padre lo hacía con el cuidado de quien descifra una antigua escritura. Toda mi familia se había vuelto lenta y misteriosa como el cuidado de las hojas, invisiblemente obsesionada como el matrimonio de las abejas. Lo reconocimos a tu padre como el fuerte, y al morir su esposa creo que se convenció que ése era el único ligamento que hacía suscitante su fortaleza con nuestra delicadeza, que no forzaba nunca el destino, que al respirar vibraba las aletas de la nariz como si tardase en reconocer el aire como propio. A su muerte vinieron los administradores y aquella fuerza fué reemplazada por grupos de enmascarados, parecía que nos gobernaban ciegos disfrazados de incógnito. Pero ahora nuestra subordinación es más pobre, abstracta y miserable. Es la pensión que ustedes reciben y que yo administro. Ya no hay lucha de paisajes, ni el pesuczo se reanima con las vibraciones de la nariz. Arrastrado por la fuerza decisiva y rítmica del vasco, tu tío Luis, se pasaba las horas con un gigantesco cucharón avivando los caldos, circulizando la masa líquida, para evitar una irregular cristalización del terrón, pero ahora con la pensión habla de herbillas y de plateros franceses, de escuela de óperas y de reyes asirios. Maldigo que la descendencia del Vasco nos subordine con pensiones...

Para poner un final a la violencia verbal de ese momento José Eugenio salió del cuarto dando un portazo. No quería oír los sollozos con que su abuela rubricaría su monólogo terminado en maldición. Salió al corredor y entreabrió el tornasol de las persianas. En el primer piso que habitaba su familia, la casa estaba enmarcada en su interior por una galería de persianas, donde se precisaba a veces el cuadrado lunar en el patio de la casa de abajo, y los rostros pintarrajeados, resbalantes de grasa y sudor de la familia que allí vivía. La galería precisaba en un lenguaje de persiana a persiana, como quien sólo pudiese entenderse por el movimiento de las pestañas, la familia que vivía en el primer piso de al lado. Lo tironeaban aquellas persianas porque esa casa había estado desocupada como unos tres meses, y ahora cuando se deslizaba su curiosidad por las persianas, podía detener momentáneamente las nuevas figuras, que parecían llegadas del extranjero, pues traían trajes de invierno, lana y casimir nórdicos, muy abullonados y dobles para nuestra estación. Cada vez que la cuchilla de aquellas persianas cortaba una de aquellas figuras, en el rejuego de las persianas movilizadas por el cabrilleo de sus miradas, iban cayendo nuevos rostros, brazos que al repetir sus telas o uno de sus gestos eran luego recorridos y completados por la voz que los había acompañado en algunas murmuraciones, pues todos los sonidos llegaban en declive y con su espiral cumplida. Como también le molestaba que su familia lo viese como fija posta detrás de las persianas, paseaba a lo largo de los corredores, esperando que el azar lograse que la misma flecha atravesase dos persianas semientornadas y fuese suficiente para detener un rostro, una manga de campana o un brazalete de ofidios áureos y somnolientos. Se perdían de nuevo las figuras, o comenzaban a cantar, pero la voz lo confundía aún más en su paseo por los corredores.

Después que su abuela vació el rencor que había llegado a sus límites al ver las secretas burlas que rodeaban a su hijo Luis, la delicada atmósfera que era como la neblina diaria de la casa hacía muy subrayable cualquier gesto o palabras ridículas, o aún excepcionales, trocaron en José Eugenio la sorpresa asimilada de las palabras de su abuela por la monotonía que con frecuencia casi diaria lo rodeaba en la medianía de la tarde. Esa misma delicadeza de la familia ponía entre él y las cosas o las circunstancias, distancias imposible de llenar aún con las zonas opacas que se entreaban dentro de la visión. Si alguien bailaba un trompo o corría detrás del heladero, puntos de una línea en movimiento que él no podía reconstruir, trocada en laberinto frío, indiferente, sin posible invitación para él. Se sentó en el quicio de la puerta de su casa. Prolongó sin objeto esa situación, en la que el hastío ahumaba las puertas que le rodeaban. De pronto, vió salir por la puerta que correspondía al piso alto de al lado, alguien de la misma edad suya, muy desenvuelto, de criollos tobillos de antilope, que al pasar por su lado ni miró ni saludó, como si no tuviera nada que ver con su hastío precrepuscular, ni su ceguera para los puntos de inmediato suestrados, las luciérnagas

desprendidas por los huesos de la secularidad del barrio. Aunque hacía pocos días que había llegado de Jacksonville, caminaba con la tranquila virtud posesiva de quien domina una tierra y un aire como por añadidura o regalia; se desenvolvía como si una divinidad ancestral lo hubiese lanzado en aquel barrio, reconociendo las situaciones y los objetos por una especie de memoria tan ancestral como erótica, que lo amigaba al instante con su circunstancia. Era Alberto a quien ya vimos en sus andanzas por Jacksonville, con los emigrados políticos, ocupando en su casa el puesto de primer hijo varón a la muerte de su hermano Andreito, el grácil violinista de la trágica tómbola. Llegó al estanquillo de la esquina, y cuando lo recapturamos está envuelto en un humo de escafandra, de encrucijada. Bailotea con la cabeza ese humo, como si sacudiese un oleaje percibido tan solo por la memoria soterrada. Muestra su orgullo, aunque permanece indiferente a la posibilidad de entrar en el cono de ajena visión, en ese primer encuentro con su propio humo. Después de su regreso a Jacksonville, cada cigarro le va probando que ya ha regresado del mareo, que ya está firme sobre sus tobillos de presuntuosa venatoria. ¿Qué puede decir en esa esquina? ¿Cómo no vamos a ofenderle regalándole una finalidad, una cadeneta causal que desprecia? ¿Quiéreme saborear la sombra espesa de San Nicolás y Lagunas? Es una esquina de sombra para buen fraile, como se decía con prolongada voluptuosidad en La Habana que comenzaba la secularidad. En la sombra repantigada de los frailes, que como en el cuento de Villiers, hacía que a los diablos le gustase dormir a la sombra de los campanarios. A la mejor calidad de una sombra. Marina y Luisa, dos periquitos japoneses por sus entrecruzamientos de verde, de puntitos verdes, en sus extensiones de crema rósea o de azul lánguido de mar de profundidad arenosa. Creyendo intencionalmente que las líneas sueltas, descarnadas del crepúsculo, se dirigen a ellas por una mediata y azada voluntad que les lleva con injusticia miradas, saludos, fragmentos de ceremonial, y al regalarse las obliga a caer en sus faldas como florecillas de un Reynolds antillano. Ellas quieren que Alberto Olalla esté detenido en la esquina, poseso de su languideciente piel de caramelo de piña, pero él sólo siente el escandaloso tropiezo de su indiferencia y la exquisita pertenencia de su humo. Piensan que se van a apoderar del tranquilo laberinto de su visión, subiéndolo y destrenzándolo por el juego de rosetones descascarados y espirales toscamente impulsadas de su balcón. Colocan maderas, cartones para el tropiezo de las miradas. Quieren entreabrir una vanidad espumosa y fea en la sequedad de una indiferencia envuelta en humo. Luego el padrastro improvisa una chaquetilla con gruesas barras de un siena de anca de caballo. Agita el puño, mueve la cabeza con senquistas sentencias de letrina española, enarbolando una maceta con hojas de malanga que le pegan en las mejillas o recibe nuevo impulso de las espirales oxidadas del balcón. Fingen una indignación pequeña, están falsamente unidos por una farsa: la de enardecerse con el fingimiento de que Alberto Olalla los mira. El

humo le ha ido fabricando un contorno como si fuese una armadura que ciñe con sus metales esmerilados la congelada niebla marina. Y el padrastro y las dos cremas rosada y azul turquí, se van también endureciendo en sus volantes círculos. Ya son alcioneras ridículas en sus nietzscheanos días alcioneros. Alberto Olalla dentro de su niebla de tedioso humo, va describiendo los pisapapeles, la humedad de la sombra, el polvo de doradilla que se va cayendo de los letreros. Cierran todas las puertas del balcón y el canario pide también que no lo dejen al primer frío de la noche. Su nerviosa indiferencia había puesto al descubierto la farsa de aquellos que quieren que sus sentidos sean descubiertos. La respuesta hubiera sido la comprobación de un momentáneo acuerdo de los sentidos universales. Y Olalla estaba demasiado flotante, demasiado sostenido por esas evaporaciones de la espesura de la tarde, enredada en círculos sobre sí misma como un pitón de escamas tatuadas, interrumpiendo el sueño talmúdico a cada flechita inicialada, a cada angote jorgete que quería estrangularle uno de sus anillos, sin lograr despertarle el traslado de sus energías, llevadas al horno de las metamorfosis. El compás de sus pasos era de regreso a su casa más dilatado y más lento, pasó de nuevo junto al quicio donde seguía sentado José Eugenio, no miró como la vez anterior, pero comprobó aquella cercanía por las palabras que devolvió al salir de las evaporaciones precepusculares y del humillo del antro burlesco del padrastro que quiere con fingidas indignaciones que sus hijas falsas sean recorridas clandestinamente en su interior por inexistentes flechadores de torres doblegadas. La voz de Alberto pareció saludar sin mirarlo, y dijo al empezar a subir la escalera de su casa, bailándole ya el fósforo de la energía muscular: —Me molesta cuando miro hacia arriba, que se me pongan delante dos piernas. José Eugenio había atrapado la rotundidad de la frase, pero ya Alberto Olalla penetraba en su casa dejando las sílabas sin cuerpo, trayendo el cuerpo a recoger sus sílabas.

Al día siguiente, en hora correspondiente a la del día anterior, vemos a José Eugenio apostado de nuevo en el quicio de la puerta. Recordaba los pasos de Alberto cuando salió de su casa hasta el estanquillo, animal que sale para abrevar, en este caso para fumar y rodearse de humo mezclado en cloruro de sodio de espuma. Su indiferencia en la inquietud de aquella esquina, se colocaba él en esa situación y veía cómo se rompía, como una estatua que comienza a mostrar un guante viejo, en algunos de esos momentos que el Olalla había mostrado duros, impenetrables, soldado bloque de arena que la niebla costera retocaba de gestos e improvisaba la inexistente pelusilla de la barba. La decisión de los pasos del regreso, agrandados, graciosamente exagerados, como el gamo después de saborear la entregada corriente busca la sombra del ceibo, poniéndose en marcha con un ligerísimo trotecillo. Luego sentía de nuevo las sílabas, dichas a su lado, pero sin precisar su bulto de sombras, su existencia apoyada en un hastío milenario. Y no obstante la frase caminando como un ciempiés, con rabo de

cabeza de serpiente, y cabeza con entrantes y salientes de llave, de contracrifa, iba a entregarle los laberintos y bahías de los otros años que regalaría Cronos. Clave de su felicidad primigenia y generatriz, sombra de fondo para deslizarse a lo largo de su calle.

Después de varios días de guardia en el murrñoso mirador del quicio, José Eugenio audió con más insistencia a los entrevistos de las persianas. El rejuego de las persianas convertía la morada de los nuevos vecinos en un poliedro cuyas luces se conjugaban en la cuchilla instantánea de las persianas. Aquellos recién venidos se convertían para él en fragmentos de ventura y misterio, en acercamientos de chisporroteos que rodeaban a la persiana de un pleno de luz amasada y subdividida, quedando en la visión fragmentos que al no poder éi reconstruirllos como totalidad de un cuerpo o de una situación, continuaba acariciando con una indefinida y flotante voluptuosidad. Así iba entresacando y después fijando las instantáneas ráfagas que aclaraban girovagas perfiles del acuario:

El brazalete de Doña Augusta, formando una serpiente, se cerraba en un broche que presionaba la piel del antebrazo, levantando como un hilillo de piel, a veces el hilillo se oscurecía por el sudor. Los ojos de la serpiente eran dos rubies.

Rialta usaba un ligerísimo, temblante jipi. Su sombra acompañaba el cuidado con que estaba hecha su nariz; la piel la recubría como un brocado florentino. A veces, usaba una manteleta, como para cubrirse el catarro, blanca con puntitos rojos.

Se adormece al atardecer Don Andrés Olalla en su escritorio. Cuidadosa división de pequeñas gavetas, llenas de papeles sólo reconocibles para él. Se acerca Doña Augusta con una bandeja, llevándole un vaso de vino. Doña Augusta permanece algunos instantes en su somnifera presencia. Cuando se convence que su sombra no es suficiente para despertar a Don Andrés, le da un golpecito en el hombro. Disimuladamente sobresaltado, saborea un jerez con galletas inglesas. La bandeja se refracta en las persianas, y José Eugenio se ciega por el turbión girador de la luz.

Algunas veces la casa apresura su ritmo en el paso de las sombras por las persianas. Es la Vieja Padilla, la madre de Don Andrés. La señora Augusta aparece solita, pero un tanto distraída. La vieja no es querida, pero su autoridad se ejerce a través del total acatamiento a Don Andrés.

Una mañana sorprende José Eugenio abierta una de las ventanas de la galería de persianas, y puestas en el marco tres naranjas picadas en dos, puestas al rocío y espolvoreadas con crémor. Después supo que la vieja era asmática y se aliviaba con esos polvos que se introducían en las naranjas guiados por la frescura del rocío.

Por la tarde, los domingos de alegre y momentánea dispersión de la familia, Doña Munda ocupaba la sala en toda su extensión. Cobraba más alegría cuando José Eugenio en la somnolienta reverberación de las tres de la tarde, iba revisando pieza tras pieza de su indumentaria, con el sonido de tabaquera vienesa cobrado por el almidón rom-

piendo sus cuadrados por los codos y las rótulas, revisando cuidadosamente las carteleras de los periódicos, para ver dónde se anclaba el domingo. Salía un tanto atollado por el esfuerzo de vencer el cansancio muscular que se vuelca sobre la siesta, a esa hora en que los animales se adormecen sobre la tierra más húmeda, cercana a la corriente subterránea.

Se dilataba el rostro de Doña Munda, su bata parecía prolongarse en nube galerón, cuando media hora más tarde de la retirada dominical de José Eugenio, penetraba su presuntuoso tío Luis Ruda. Desde el estallido de la pequeña rebelión, cuando la conversación entre José Eugenio y su abuela, el tío Luis había hecho una retirada convencional hacia la casa de huéspedes, donde su colorido provinciano se aposentaba gustoso en el abigarramiento y en la diversidad de aquel poliedro formado por sumas errantes, destempladas, desoladas, de aportes fragmentarios de la dispersión de la familia. Entraba en la conversación con su madre Doña Munda, con fingida indignación, para impresionar a la vieja, de suyo irritable por la sierpe de nervios trezándose, en ausencia de carne, por los huesos en punto. Muy breve el saludo, arrastraba la silla para acercarse a la vieja, quedando en la simetría de las locetas un rasponazo, semejante a la maldición que un profeta graba en la pared con un carbunco, ojo de tigre para la indiferente poltrona del tirano.

—Tener que estar dando saltos por las esquinas, hasta que ese mequetrefe se vaya a ver los titeres, me hace estar humillado desde la raíz. Desde hace media hora, vuelvo, rectifico una cerilla. Me apresuro después, finjo querer precisar el canario en su jaula de doradilla. Tengo los ojos irritadísimos, por ir revisando cada uno de los pequeños barretes, abrillantados por la dominical limpieza de los metales.

—Con venir a la casa, sentarte, y no hablarle a José Eugenio—contestó Doña Munda, sonriéndose de la escenografía esbozada—, todo quedaría bien resuelto, y nos evitarías esos saltitos de guajiro que va a poner cuernos a su mejor amigo. Pero también tú eres un leperón costoso y tenemos que sobreaguantarte. No quieres pelearte con él, porque sabes que con su paga sale el cuarto donde te aduermes después de lo operativo cursi. Pero al mismo tiempo te enredas, te justificas en esas complicaciones inútiles, que después te calman, pues crees entonces que las has llenado de dignidad. José Eugenio no lleva esa ingenuidad que tú le regalas; una fuerza muy parecida al pescuezo corto de su padre, se va desarrollando en él con secreta naturalidad, ahora que está entrando en la adolescencia.

—Cemí el Vasco nos dominaba ,contestó el tío Luis, —nos dominaba desde que respiraba, parecía que sus pulmones al respirar en el aire, necesitaban más espacio comunicado para una dilatación y contracción de leñador muy poderosas. Si caminaba, cualquier interrupción en su camino, parecía una insensata frivolidad, como una oruga gigante parecía que iba mordiendo la línea secreta de su trayecto. Pero el mocito está

más bien en la línea de su madre, y es su delicadeza la que ahora nos aplasta. Sé que no lo podemos irritar, pues si protesta ante el otro vasco, primo de su padre, hay una cláusula en el testamento que le permite llevarse los y quejarse luego ante el juez, modificando la tutoría. Claro, que usted sentiría quedarse sin el cocfrecito de onzas isabelinas. Interpreto su ternura, y disculpo.

—Oígame lo que le voy a decir, comenzó la abuela Munda, rastreando las palabras con pequeños globos de pastosa saliva, con la irritación de un vikingo nonagenario apaleando una aguja fuera del agua, cada familia tiene un ordenamiento en la sucesión. Este es el momento que me concedió mi eternidad, y ni tú, que eres mi hijo, me vas a confundir la cabeza, equivocándome cada vez que tengo que interpretar los signos de cada situación familiar. Después de la muerte del Vasco y de mi hermana Eloísa, tengo yo ahora la responsabilidad ante Dios y no la pienso delegar. Tú eres sólo un accidente entre los hijos de mi hermana y yo. Serás siempre el eco, la oblicua, de las diversas variaciones que se establezcan entre los cuatro hermanos y su abuela. Además, José Eugenio tiene la delicadeza de su madre y, cuando la oportunidad se entreabre, la increíble energía acumulada de su padre. Cuando le hace falta algún dinerillo, cada vez que se encuentra conmigo, enrojece. El cree que yo no me doy cuenta de ese matiz, pero con qué secreta alegría ancestral percibo ahí una metamorfosis de mi hermana, que se mareaba tan solo al ver el pulpo o el calamar en la cazuela. Un día penetró en la talanquera del "Resolución", un gusano que parecía que sudaba leche, desollado, puesto al revés, lechuga muerta enviada por broma en una caja de zapatos. Mi hermana al verlo, al instante se puso a vomitar, sujetándose de la concha venediana. Si a José Eugenio le hace falta algo para ropa o domingo, se lo pide a las hermanas para que me lo digan a mí. Y las hermanas comienzan a revolver, a esconder su timidez. Hasta que una de ellas, muy colorada, me lo dice muy de prisa. Qué delicadeza para pedir lo suyo, qué elegancia para recoger lo que nos han prestado. La escena aquella con José Eugenio, tiene que haberlo hecho llorar muchas noches, pues una vez oí ruidos en su cuarto, me acerqué, y con la almohada curvada sobre la cara, mordiénola casi, me di cuenta que sollozaba. Desde ese día pienso en mi hermana y en los sentidos que como hojas la hubieran ido rodeando para formar con sus hijos una cámara sagrada, como esos árboles desarrollados por la cercanía de la sombra de otro árbol, sin mostrar ninguna subordinación de cuerpo a sombra, pues sus raíces se clavan en la inmediata corriente, justificando orgullosamente la unidad de su jerarquía. En cuanto a la grosería de los doblones isabelinos, reveles como desconoces la forma en que nuestra familia se apoyaba, necesitaba la sombra fuerte de ese apoyo, para jamás preocuparse por la vulgaridad insolente de su adquisición. Cuando bailan más las onzas, las gastamos con la alegría de quien se sabe vigilado por Dios; cuando faltaban lo soportamos con desdén y indiferente estoicismo. Después de la muerte

del Vasco, cada vez lo veo más como un rey vigilado por Dios. Pues sólo los reyes sienten el deseo de rebelarse contra los dioses y titanes. Murió por una rebelión teocrática, que hoy en día muy pocos sienten ya. Su imaginación era de tipo feudal, viudo, su orgullo se rebeló contra aquella ventolera que penetró en el misterio de su sacramento. Qué poco tiempo duró su viudez, pues su brutal energía de pronto se aplicó a su propia destrucción, a rebelarse contra el creador por la disminución de la criatura.

—Usted siempre, mamá Munda, queriendo colocar la familia en el paraíso pradera de los incas, replicó, riéndose con mal llevado nerviosismo, pues la vieja silabeaba los hechos y dichos de la familia con la seriedad délfica frente a los destinos. —Pero no vaya a suceder que su deseo de ver los días de José Eugenio dentro de la luz delicada de su hija Eloísa, lo vayan apartando del colegio, de marchar, de atravesar un boquete a oscuras, que era la mejor tradición del Vasco. Nuestra familia se había convertido en una hoja descifrando el rocío, voluptuosa traducción que hacía muy espaciadamente. En las sutiles volteretas de la hoja enrollándose en la sombra. En las piedrecillas que el reloj pedáneo de las grandes aves deja caer sobre las hojas, despertándose, y comenzando la hoja la deglución del tiempo abandonado, ausente, envés del tiempo para la casa de la hoja. De pronto, aquel mundo vegetativo sintió los aguijonazos de la energía acumulada por el Vasco, pues causaba la impresión de un embutido lleno de densas nubes eléctricas. Así nuestra familia pudo abandonar la gruta pinareña para bajar al desierto del centro, y comunicada esa energía a nuestros músculos somnolientos, pudimos resistir lo calcáneo, los abrigados esqueletos tatuados por las hondonadas. Usted a veces se distrae, y en su paradisiaca pradera se adormece, pero ya José Eugenio, debía estar pupilo en un colegio. A pupilo, he dicho, para que no la moleste, y usted pueda ocuparse mejor de las tres hermanas.

—Sí, sí, replicó la abuela Munda, bajando la cabeza como si le regalase la razón, y subiéndola después más de prisa como si invocase la razón trinitaria, la del Espíritu Santo, que era en definitiva la que ella iba a oír—ya es hora de poner a José Eugenio en el colegio. Pero no te empeñes tanto en señalarme la ruta donde debo mandarlo. Si te has imaginado que saliendo él, vas a entrar tú, te equivocas. He hablado con el primo de José María Cemí, todavía el Vasco sigue mandando, para conseguirte trabajo ya por el extranjero. Estás por los treinta años y no has podido lograr tu encaje y asentamiento, sigues de saltamontes farolero, de la ópera a las esquinas tenorinas. El va a pupilo al colegio, pero tú irás al extranjero. Ve ensillando para Veracruz, el aire de altura es allí como una buena pasada por los bronquios. Eres un viejo accidente ya entre nosotros, y eso quiere decir, que debes ir a buscar tu centro al extranjero. La vieja subió la cabeza con irremediable altivez, como Catalina de Rusia, bondadosa en la severidad del ceremonial, al recibir una comisión de fisiócratas, y

después inexorable, desdeñosa, implacable, llevando esa misma noche los trineos, para el burlesco regreso de los embajadores. Dejó la abuela Munda la cabeza en alto, hasta que el tío Luis comenzó a bajar la escalera. Después, calmosa, se dirigió al escarpate y extrajo la colonia, aspirando un instante. Al pasar de nuevo, comprobó la raya de su peinado en el espejo.

El tiempo, como una sustancia líquida, va cubriendo, como un antifaz, los rostros de los ancestros más alejados, o por el contrario, ese mismo tiempo se arrastra, se deja casi absorber por los jugos terrenales, y agranda la figura hasta darle la textura de un Desmoulins, de un Marat con los puños cerrados, golpeando las variantes, los ecos, o el tedio de una asamblea termodinámica. Parece que van a desaparecer después de esas imprecaciones por debajo del mar, o a helarse definitivamente cuando reaccionan como las gotas de sangre que le sobreviven, pegando un gran manotazo a la estrella que se reflejaba en el espejo del cuarto de baño, pero son momentos de falsa abundancia, muy pronto los vemos que se anclan en el estilismo, buscando el apoyo de una bastonera; tropieza con una caja de lápices de colores; sus ojos, como puertas que le han abierto sopladamente por un Eolo sonriente, se fijan en un vajillero, retroceden, están temerosos que el airecillo que les abrió la puerta, aviente los cristales, y están apoyados en un sombrero circasiano de carnaval, cubierto de escarcha y de plumonillos. ¿Fue ese el único gesto de aquellas largas vidas que adquirió relieve? O, por el contrario, el brutal aguarrás del tiempo los fue reduciendo, achicándolos, hasta depositarlos en ese solo gesto, como si fuese una jaula con la puerta abierta para atrapar a un pájaro errante. Rostros conservados tan solo por el ceremonial de su salud, avivados de nuevo por el recuerdo despertado por una entrada de Luis XIV, en Versalles, oyendo las enfáticas y solemnes fanfarrias de Charpentier. Si una banda de familiares necesitaban de muebles anacrónicos para apoyar su sombra, logrando, como ya los sorprendimos, las más fortuitas y silenciosas semejanzas, apoyándose ahora en los largos y retorcidos alambres para destupir el servicio, con el tiempo prolongado, voluptuoso, en que antaño habían mezclado deliciosamente arena con limón para limpiar sus estoques, utilizados en sus excursiones al México porfiriano, cuando querían visitar la fuente de *La Ramita* bailando con su guitarra. Si antes esa remansada *troupe* de carneros con rostros humanos, se habían anclado en el estilismo para que sus sombras tuviesen sus escapadas por la tierra de puertas y ventanas, ahora el historicismo las domesticaba, dándoles una vida de rechazo, casi fulminante, como las bolas de marfil lanzadas hacia atrás, hasta producir el sonido seco de su encuentro, como si estuviesen caminando esas mismas solazadas sombras sobre arenas muy húmedas, aunque apisonadas. Cincuenta años después de su muerte la cólera del tío Alberto volvía a surgir de rechazo, al ser comparada con la del duque de Provenza, cuya furia consistía en despedazar el vajillero real, pieza tras pieza. El tío Alberto cuando discutía con su madre, la señora Augusta,

rompía una motera de Sevres, con escenas pastorales, quedando las cabras con sólo un maxilar, o un pantalón corto quedaba sin prolongarse en una pierna de matinales ejercicios para las danzas cortesanas. La señora Augusta continuaba sus imprecaciones de contrato, negándose a vender las últimas acciones de la *Western Union*, que le quedaban, cuando en ese momento el cenicero de cristal francés tallado, saltando como una mina de cuarzo bajo el soplete y las enloquecidas carreras de los gnomos, recostaba sus fragmentos en el cesto de mimbre trenzado. Su manera de retroceder, rompiendo cristales de marca y pisoteando plata martillada, ante el *dictum* de la señora Augusta, hubiera caído en el más inhospitalario olvido, si alguien de la familia al encontrarse con la cólera peculiar del duque de Provenza, no la hubiera avivado de nuevo por una especie de analogía de sombras. Pero esa misma masa de estilismo y de historicismo al volcarse sobre el sombrío barro de Proserpina, revestía sobre la infantil y un tanto cínica galería de rostros ancestrales, descargas de eléctricos nubarrones, rapidísimos castigos, como apretar a esas mismas sombras por la cintura y tenerlas sumergidas en esas estigias tal vez una centuria. El individualismo eritrero de San Agustín, negaba toda certeza a la aparición de los muertos. Si eso fuera cierto, nos decía, mi madre Santa Mónica, todas las noches, desde el día de su muerte, hubiera venido a conversar conmigo. Quizá fuera por el recuerdo en la Santa, de aquel sueño donde ella sobre una roca, la petríncica romana, llamaba a su hijo como una sirena desesperada, y acordándose de la dura respuesta que le había dado, de que él era el que estaba en la roca, todavía San Agustín no se había convertido, y su madre se dirigía a resguardarse en su compañía asentada sobre la raíz pétreo de lo invariable. Si en vida el cuerpo, aún al apoyarse sobre la ingravidez del sueño, había buscado la rocosa resistencia para traer a su hijo, siendo rechazado con frases de orgullo ahora, al abandonar momentáneamente la luz del paraíso, no encontraba puntos de apoyo, pues los más resistentes, las crestas de cuarzo o bloques de mármol miguelangelescos, habían sido rechazados desde los comienzos de la fluencia somnífica. Y aquella que se le había negado su asiento sobre una roca, tenía al llegar en briznas, en cuerdas de guitarra, en la respiración de los recién nacidos, que correr el riesgo de tropezar con la despreocupación fingida de los infantes al peinar, o con los escobazos que dan nuestras tías al saborear el solitario crepúsculo dominical.

Cuando José Eugenio fué a ocupar su sitio en el primer patio cuadrado de la Escuela, sentía como si por su región cerebelosa pasase un cometa gobernado por el vozarrón de un enano borgeño, con corbata arrugada por los apisonados compartimentos que en el escarpate ciñen la ropa con la humedad toquilla de las hojas alcanforadas del otoño. Cuando coincidían sus imágenes y la obturación del cometa, extraía de las animadas figuras del tablero, extrayéndolas también de su totalidad, la diversidad uniforme de los botines, y el estilo, que encarnaba las distintas edades, de los cuellos. En

los menores se extendía como un encaje, dejando ver las indecisiones, las flacideces de la garganta. Luego, el cuello como un cinturón que ciñese una pequeña torre de mazapán, iba ascendiendo a medida que la garganta se fijaba, que perdía sus blanduras, que se apoyaba en su propia estructura, desdibujando las blanduras sin apoyo del resto del cuerpo, y la mirada, descendiendo siempre, ante el temor de ser a su vez mirada, desde la superficie lisa de la hoja a la casa maternal de las aguas.

Pero dentro de esa agazapada somnolencia se podía adivinar, que al recobrarle, al darle un manotazo al cometa que venía sobre su frente, se llevaría un fragmento con lo esencial de la clave, amarrándose a una pata del águila. Muy cerca pudo divisar a su vecino Alberto, que mostraba por todos una superior indiferencia, hasta una indiferencia charlatana, y una brusquedad, un nerviosismo inicial que rechazaba la música sin apoyo de los sentidos, para penetrar en el boquete, como los náufragos cantan al esconderse por la noche en las grutas, del aula. Al salir de su casa José Eugenio, serían las siete y media de la mañana, vió ya a Alberto indeciso por las esquinas de sus casas, como quien desvelado, desconfiando de poder recuperar el agujero del sueño, sale a humedecerse, a rociarse un poco, para después, teniendo toda la anchura de la mañana a su disposición, volver a las sábanas, de nuevo tibias, mientras la casa recobra su silencio al comenzar las faenas, los halos y chisporroteos que rodean los preparativos del almuerzo. Fué Alberto el primero que representó la sorpresa al penetrar en el aula, fué el primero que sorprendió y se bebió el espacio, rasgado levemente por las nuevas respiraciones que venían a agujerearlo, a establecer, durante una estación, sus madreporarios para aquellas colonias dermatitas de los recuerdos entrecruzados y de los flagelos que se descargaban, a través de una niebla que al ser pinchada devolvía sus rencores urdicantes, como expresión de los complementos protoplasmáticos.

Al entrar en el aula José Eugenio, la figura que menos aclaró en sus primeros recorridos por el espejeante y maravilloso monstruo que se tendía a su alcance, fué la del maestro. Veía entre la niebla y el follaje, monstruo de tridentes, poliedros que se entreabrían desenrollando flagelos nerviosos, como un caballito de mar posado en el caparazón de un tortugón tricentenario. Y enfrente otro monstruo, irreconciliable con el primero, que lo sorprendía por su fija extensión y el matinal tegumento de su piel. Comenzaba a penetrar en el monstruo de la extensión, cuando el pequeño director desde su concha, comenzó a descifrarse, como si fuese extrayendo sus coloreados mamelecucos ante la maliciosa intención de los proyectores para sus perversiones y sus monosílabos. A veces, para subrayar un sonido, prolongaba la mano derecha, terminada en el índice y el pulgar que unía en dos semicírculos, rompiendo rápidamente el círculo formado en un final de sílabas sibilantes. Daba unas pequeñas palmadas, como para impulsar a los sonidos hasta romper su cáscara. Con su lento silabeo parecía que después volviese a poner la cáscara triste sobre el gemidor barniz de la mesa del

maestro, recién pintada. Frente a él, el monstruo de la extensión, hacía que José Eugenio, apenas pudiese extraer el instante de algunos de sus gestos, perdiéndose en la magnitud de la piel en abstracto del monstruo detenido en aquella gruta.

Algunos muestran ya el libro de inglés, *beige* con letras rojas. Los que todavía no lo han traído, se levantan para sentarse al lado de los que lo han podido adquirir; se ha agotado, tendrán que esperar varios días, ocasionando un desplazamiento una atrevida jugada al comenzar las clases matinales. Como la diferenciación no surge de dificultades económicas, sino de una fatalidad dignificadora, todos se sienten con una comunicativa, misteriosa alegría, más aún los que no han podido adquirirlo, parece como si mereciesen más respeto, como si comenzaran formando clase aparte. Como en los repartos de pan cuando hay huelgas marciales, los que no lo obtienen, después del heroísmo murmurador de las filas, se constituyen en semidioses, llegan a sus casas gimiendo, como si pudiesen condecoraciones. La clase parecía reducirse en cada cambio de asiento, como esas orquestas que al ejecutar música de Mozart, prefieren reducir su volumen, quedándose los jefes de grupos instrumentales con sus auxiliares favoritos. Pero muy pronto la superficie plateada del ballenato, iba a ser raspada por una oruga elástica.

En aquel primer día de clase iba José Eugenio a inaugurar el primer día de contemplación de maldad en su pura gratitud; la primera demostración que vería, más allá de la dificultad conciliar del *quod erat demonstrata*, de la incontrovertible existencia del pecado original en cada criatura. Desde la entrada en el aula, las indecisiones, el reparto de los pupitres, la voz suave que procuraba guiarlos y hacerles familiar un momento ya reconocido como doloroso, observó otro alumno que mostraba una humoresca agilidad en medio de aquellos perplejos, reemplazando con una medrosa ironía la melancolía de aquella primera mañana pasada fuera de su casa, con un desayuno muy apresurado y con cierto cuidado por parte de la abuela Munda al despedirlo. Preciso un compañero muy enjuto, de enjute mostrada en elegancia más que en prominencias de escuálido, de paradójales ojeras para su niñez. Ojeras y labios morados, revelando el cruce de razas con predominio de más ancestros blancos. El pelo excesivamente negro y apisonado como metal, sin distinguir cada cabello en el casco que lo ceñía, que formaba como una pasta nocturna, como una masa de un mosto fermentado y ennegrecido. Parecía no sentir la sorpresa de los nuevos ecos en el paisaje que avanzaba todavía hacia ellos. En aquel infernillo, en sus ríos terrenales, parecía tripular símicamente un témpano que llevase una escarapela desconocida y maldita.

Fibo era el alumno que empuñaba una pluma de hilos de colores, producto único y engendro satánico del barroco carcelario. Terminaba en un punto cruel, afanoso de hundirse en los arenales más blandos del cuerpo. Sus cambios de sitio estaban justificados por la ausencia del libro de lecturas. Llegaba a un pupitre, fingiendo el al-

boroto de una apetencia de saber, subrayaba la necesidad de penetrar en el fascisto del otro escriba, y hundía la pluma de tocoloro infernal por la rendija del pupitre anterior, electrizando la glútea por la penetración de aquel punto teñido de la energía del ángel color de uva. En el vecinito de enfrente se polarizaba una simultaneidad ante el ariete rizado con los colores de barbería. Llegaba la sorpresa en punta rasgona, desencuadrando y rompiendo por el dolor, con la respuesta del disimulo marmóreo para que el profesorucho no rompiese aquella natural reabsorción de la energía por la masa del estreno adolescente. Fibo sorprendido por la propia impunidad de sus descargas de *energía* en la varita arcoiris, llegaba a frenetizarse, cambiando de fundamento, hundiendo el punto electroimán, saltando como una rana que leyese órdenes en la lámina de oro del carrete de un electrólito. Así impedía que el ballenato, el monstruo de piel plateada, se adormeciese al resbalar por los líquenes o el abullonamiento del bulbo raquídeo. Un punto scerado le comunicaba las irradiaciones cada vez que la masa recibía un lanzazo de aquel San Jorge, simiesco, arrastrado, donde el dragón se metamorfoseaba en el cóncavo candoroso de la glútea.

Conseguida casi la indiferente estabilidad del monstruo, menudearon los rejonazos del látigo tocoloro. Fibo, como un director de orquesta abandonado al éxtasis, saltaba sin preludiar ni observar la curva final de su endemoniado bailete, cambiaba de pupitre con una especializada simultaneidad; al saltar para el nuevo asiento, hundía fulminea la punta de la pluma, al salto correspondía el rasgado. Y la cara del que recibía el pinchazo seguía fingiendo las formas más clásicas de la atención, repitiendo con abandono bisbeo las divisiones silábicas o restallando por la bóveda los sonidos palatales.

Separado del conjunto de la clase, para aprovechar el espacio de la puerta que separaba el aula del comedor, se incrustaba un pupitre babilónico, que se separaba del resto de los alumnos, de sus movimientos corales, oponiendo indiferencia cuando se levantaba turbulenta alguna risotada del conjunto, o sonriéndose con cierto diabolismo infantil, cuando la atención en un moscardón cúprico se posaba en la pizarra cuajada de quebrados mixtos y de cuadros de verbos irregulares ingleses. Fibo extendía una pausa en la enloquecida prodigalidad de sus pinchazos. Se había trazado el salto mortal de una nueva meta. El que se había sentado en un trono de orgullo, rescatando sus potestades de la ondulante masa coral, se mecía en su indiferencia, como si la distancia que lo separaba de los otros siervos de la escuela, lo amurallase contra la prociadidad de la arlequinada pluma. La blanda coruplencia de Enrique Aredo, la lechosa provocación de su piel remataba en un breve mechón arremolinado sobre la frente, lo asemejaba a un pavo real blanco que tuviese la cresta dorada de un faisán, lo situaba como un desprecio ancestral ante la trigueñez sudada y el desacompasado gesticio de Fibo. Aredo sentado al margen de la clase, con pupitre irisado de lapiceros vidriados,

reglas de marfil y compás de plata con sus iniciales, enarbolaba a la menor señal del profesor, los textos con encuadernaciones flexibles, libretas de papel de hilo, extra-yéndolos de una maleta tan repujada como el mentón de una pastora de porcelana. Hundido en la masa de la clase, por el contrario, Fibo parecía ser el llamado a comunicarle a esa pastocidad la descarga transversal de energía, la vibración que en sucesivas ondas impide los adormecimientos y fermentaciones de la zona liberada de la irradiación central. Ganó una pausa, como un pequeño leopardo en un ramaje inquietante. El profesor de espaldas a la clase, precisaba en la pizarra las variantes de los verbos irregulares de la conjugación inglesa. Preciso con lentas impulsiones en su silabeo, *freeze, froze, frozen*. Aquella alusión a la nieve, pareció enmarcar como en instantánea antesis, el más frenético y riesgoso diablillo de Fibo. Cauteloso y fulmineo a través de la mitad de la clase, favorecido por la lustrada indiferencia de Enrique Aredo, dobló las rodillas con la rapidez de un bailarín en una feria rusa y hundió la pluma chorreante de colores irascibles en la glútea del investido en el trono de la indolencia. Retrocedió con la rapidez de un endemoniado que salta sobre su caballo después de haber cumplido su incomprensible venganza, cuando se oyó, crujiendo las vetas de su escandalosa indiferencia, el grito del pinchado, pero como si se entrecruzaran en el mismo galope, el timbre de fin de clase obtuvo la oquedad abierta por el grito. Las divinidades de la energía y del rayo, encarnadas en la intempestiva llegada del timbre, habían cubierto la retirada de Fibo, dando el aviso para la dispersión y decapitando al instante la cerosa cabeza que había lanzado aquel amargo buche de sonidos.

Las clases de los "primarios" se fueron vaciando sobre un patio donde el olor de hoja limpia por el rocío se mezclaba al de la cocina, con esa suciedad como apisonada que tienen los hornos y las hornillas donde se preparan comidas para multitudes. Fibo había desaparecido, almorzaba en su casa, y las apacibles parejas y grupillos disfrutaban de la mecida ausencia del diablejo con su tenedor y el ascua que avivaba la húmeda trigueñez de su rostro. Era tan sólo una estación de momentáneo descanso antes de penetrar en el refectorio. En el otro patio, separado por un pequeño corredor, los "mayores", los "bachilleres", saltaban con sus pelotas y sus gritos, se arracimaban alargando sus brazos y manteniendo en alto la bola de piel inflada, separándose instantáneamente uno que se hacía el momentáneo dueño de la bola, tirándola contra el suelo, como si sus rebotes justificaran que su energía y su espíritu se mantenía aún vivientes y sagrados. En el primer patio, donde un poco sorprendidos y estirados, conversaban los primarios, Enrique Aredo, como por dejación y duermevela, se apoderaba con una razón blanda y vegetal, de la vagorosa curiosidad que sobrenadaba en aquel descanso. En un grupo hablaba de los *puerquitos*, era el término que empleaba con insegura gracia, pues en la sílaba final se sonreía como si los viera retozar, de la finca de su padre. Hablaba del sofocante perfume de la guayaba corrompida y cómo los mamonés

se agitaban en aquel olor de agradable putrefacción. Se acercó a otro grupo, cuya indiferencia trataba de licuar y le enseñaba un dibujo "que había hecho un amigo de papá", disimulando así el interés venenoso que lo acompañaba. Las ablandadas líneas de su rostro estaban fortalecidas por cierto pliegue de perversidad rápidamente irónica, que el pintor había intentado cumplir para contrarrestar la azul benevolencia de las ondas que penetraban en sus mejillas de cojín mongol. ¿Lo lograba el dibujante amigo de su padre? Las risitas cortadas por reojos y subrayados disimulos, revelaban que había hecho más visible lo que intentaba ocultar, como si aquello *ocultado* fuera el acorde esencial de su carácter. Se acercaba luego a los más enfurruñados y modorros, silenciosos en la amarga densidad que habían depositado en ellos el ancestro almacenista, y les decía enseñándoles sus zapatos: —pensar que un antilope vendría a morir a mis pies. Y mientras uno de ellos esbozaba una puñada, él se alejaba con desprecio de los "brutos", como decía con fingida virilidad.

Cruzó el balón para unir con su arco valtaco los dos patios. Los "mayores" como si se precipitaran por una brecha huyendo de la pez hirviendo, penetraron dando gritos en clase, sudorosas sus camisetas colorineadas y con las iniciales semiborradas de su gremio deportivo. El silbato, sin fuerza ya para arremolinar de nuevo las huestes, declinó en exangüe sordina. Los primeros gimnastas que penetraron en el patio pequeño, rodearon con la rapidez de una mágica causalidad, a Enrique Aredo, quien se sonreía contento por la atención que le dispensaban. Inquirían por el estilo y los primores de la cartera, donde cuando se abría la tapa, enseñaban sus lomos diversamente coloreados los libros de texto. Con una alegría, que ni siquiera intentaba disimularse, hecha ostensible por el sonroso que como una nube iba rotando por su rostro, decía: —la piel es rusa y el repujado florentino, me quisieron comprar una de piel de cochino, pero a mí no me gusta digerir carne de animal inmundo, menos me gusta acariciarla. Y los tenaces perseguidores del balón, aún sudorosos, se reían con ese asombro de la manada cuando contempla un animal que luce extraño, como el júbilo de los cazones cuando rodean un salmón homérico, o el rizado caballito de mar con su dórica sorpresa ante la tenebrosa cuña de las langostas

A una banda del patio de los primarios se abrían doce pequeños baños, más antipáticos que sobrios, muy funcionales, con una ducha que sólo ofrecía la gélida voluptuosidad de su chorro de agua, y un caño lento que permitía que la jabonadura se prolongase en un tuflido de potasa y aceite de coco, tratando de despedazar el recuerdo del cuerpo adolescente que había bruido. La algazara de los gimnastas y las tímidas murmuraciones de los coros de los primarios, sufrieron un violento desplazamiento, el director Jordi Cuevarolliot, anchuroso, pero ágil, con su viril cabezota rubia, iba atravesando los patios, seguido del respetuoso silencio de los aprendices. Su rostro de piel dura, con extremados rojeces y sus barbas policromadas por astutos ungüentos,

recordaban el *Charles de Saulier, Sieur de Morette*, de Holbein, más blando y con menos preocupaciones tenebrosas, como si hubiese sido retocado por Murillo. Su nariz, más curvada que la del *Sieur de Morette*, parecía remansada, en una reconstrucción tardía, por la extensión suave de muy lentas vibraciones, de sus aletas. La anchura de sus espaldas, la concavidad visible de su pecho, subrayadas por unas piernas que soportaban el tronco con la deslumbrada ligereza de las colonias de hormigas al arrastrar un garbanzo. Si el guante de nutria salvaje con el espadín feudal de sus atributos, era reemplazado, en la ya dicha copia de Murillo, por un lapicero de oro, con el que apuntaba los nombres de aquellos que por hablar durante el almuerzo, se quedarían castigados a la mudez del sin recreo. Se dirigía al centro del refectorio, donde estaba una tarima con las barras de pan apiñadas como si fuesen leña, empezando a cortarlas con la rapidez de un pinche de cocina que cortase las cebollas para un plato de urgencia, agrupándolas hasta formar una cantidad proporcional a cada masa, agitándose las rodajas por la trepidación del corte incesante, como si fuesen peces, coleteantes y tristes, extraídos de sus viveros. Pero esa original distribución del pan, nunca abandonada a una mecánica y pasiva sucesión, era una de las pruebas más deliciosas e inolvidables de las que el director Jordi Cuevarolliot sometía a sus aprendices. Iba lanzando cada una de las rodajas a los sentidos en las mesas del refectorio, una tras otra, hasta que, si sorprendía algún alumno descuidado, rompía entonces el ordenamiento, y le lanzaba el pan que así llegaba como un signo para su avivamiento, educándolo con casi juguetera gracia el acecho, la mágica transparencia del sobreaviso. Todos tenían que estar pendientes de ese punto volante, que en cualquier momento podía comprobar un decaimiento, una indiferencia melancólica, irregular en sus humores, un maligno sopor. Había que hacer coincidentes el apetito con un tener que estar en disimulada vigilancia, pues en realidad la atención no podía prenderse tan sólo de la detonación de aquella ave harinosa, sino como de un látigo invisible que estallase inaudible entre el cuerpo incorporante y el aire sorprendido. El descuidado cobraba muy pronto conciencia de su ridículo, pues el pan no atrapado rebotaba contra las fuentes corriedizas, que como pesadas embarcaciones remontaban el mármol de las mesas, esparciendo los retorcidos filamentos de la papa Juliana, o al volcar tenaz en la impulsión, que le comunicaba la honda del anchuroso provenzal, el jarro de agua, diversificándose en sus meandros el improvisado cauce, parándose los aprendices cercanos, acudiendo la cuadrilla de los criados con malolientes paños de absorción. Pero el descuidado pagaba un precio que lo anonadaba, por ese momento en que su conciencia medular había sido inferior a la de las golondrinas en sus escuadras y a la de los peces ante el migajón astillado de la lámina. Por el contrario, en Enrique Aredo, su acecho se presentaba en una forma inversa, descuidaba las incorporativas delicias, para quedar prendido de las rodajas en su curva parabólica, de la vigilancia de los otros rostros, o de aquellos

que ya él presumía como descuidados, cargándose una extraña y lánguida tensión al saborear por anticipado las catástrofes lejanas. Si coincidía la catástrofe en el ámbito adensado por las probabilidades que allí había trazado, sentía la sádica voluptuosidad de rebasar una medida, como si su sexualidad, semejante a la de los insectos de caparazón membranosa más brillantada, tuviese que atravesar el Cipango del azar y de la coincidencia de todos sus posibles en una afortunada coordenada. Los reflejos despertados por todos aquellos acechos, por el éxtasis casi de todos aquellos adolescentes prendidos de la sorpresa de la masa harinosa, por la atención cabalgando simultáneamente la enigmática diversidad de los sentidos, acostumbriéndolos a comer sin desfallecer, sin abandonarse a esas apisonadas oscuridades recostadas entre el cielo del paladar y la tierra húmeda y voraz de la lengua.

Los caños en las aguas fluyentes o entrecortadas producían una música como de buñuelos fritos, dorándose. Los cuerpos saltando bajo el agua tenían la alegría de los peces estirándose en una cascada; se violentaban al extenderse para que el agua se refractase con más furor al tropezar con los músculos en el colmo de su cordaje. Los caños entrecruzando el arabesco hormigueante del sonido del agua, parecían, rotas las planchas de metal que aislaban el cántico de cada extensión corporal, que formasen, por la diversidad entre el silencio vigilante del refectorio y la colorinesca alegría engendrada por el agua descendiendo, una subterránea cámara secreta, donde cada cuerpo por medio de casi invisibles inflexiones o de un apresuramiento momentáneamente incomprensible, siguiese los dictados de una música idéntica pero infinitamente diversa al ofrecerle los cuerpos sus transmigraciones. El acecho, que mantenía despierto hasta la irritabilidad a los disciplinantes del refectorio, cobraba como cierto desperezo al sentir el ronroneo del agua, galopando su *crescendo* encerrado entre la cementación y las planchas de metal. Después del volante reparto del pan, los disciplinantes, como si sus entrañas fuesen recorridas por el eco atado de las aguas de aquel encierro, se iban trocando en durmientes, como el éxtasis que recorre a los coristas en un *Kirie*, de Palestrina, cuando la luz, amortiguada en la mañana por las blandas indecisiones otoñales, no puede saltar ya la espesura de los vitrales. Los días en que el director Jordi Cuevarolliot se retiraba, después de soplar sus maliciosas palomas de harina, los bañistas se ceñían de la cintura sus toallas, apresurando el paso y sonando sus sandalias con las iniciales del colegio. De tal manera, que durante mucho tiempo José Eugenio Cemí, tuvo del cuerpo el recuerdo que se precisa en la noche treinta y cuatro, cuando en el palacio un joven confiesa, el Rey de las Islas Negras, gimiendo y levantando su túnica, que era hombre de la cabeza a la cintura, y que tenía la otra mitad de mármol negro. Acababa de sumar sus tensiones, de ser recorrido por un hilo eléctrico al tener que cumplimentar una sorpresa, de esperar aquel volante punto harinoso, cuando el ruido del agua al mezclarse con aquel acecho, parecía ser secuestrado o mezclado en la gloria

de aquellos cuerpos que aparecían como remachados en el martirio impuesto por aquellas toallas de herejes orientales. El reencuentro del sentido de las mezclas en el gusto, y de los cuerpos, escondidos primero en las grutas goteantes, ocultos también en el propio rumor del agua, engendrarían en José Eugenio una especie de impresión palpatoria, que en los cuerpos viene a reemplazar a la impresión visual. El hecho de mezclar en el gusto una especie cualquiera, quedaría para él como una infinita sexualidad engendrada por la memoria de un tacto imposible, que a ciegas reconstruía los cuerpos en la lejanía y en el rumor de las cascadas filtradas por los muros de una cárcel. Necesitaba engeguerse, reconstruir el salto de los cuerpos en la cascada de medianoche, para sentir el aguijonazo de lo sexual, mientras la gracia del acecho, de una sexualidad visible e inmediata, lo llevaban a una espera sin posibilidad de ser surcada, infinita, donde la simple presencia de un objeto era una traición intolerable, ofuscadora, que lo hacía aullar como las bestias que buscan la carroña nocturna en su evaporación. Al terminar el almuerzo, los alegres gimnastas bajo el chapuzón habían también desaparecido. Como si hubiesen retirado las planchas metálicas, el coro de los bañistas onduló al soplar su caramillo cerca de la caseta de los coperos; avanzaron hacia un punto como si fueran a transmitirse un secreto cambio de guardias, y desaparecieron en el humillo del café que venía a terminar el acecho de un gato color de pólvora, agigantado, levemente monstruoso, como los que aparecen en las pesadillas de los generales de los Cien días, con su piel muy estirada, terminada en innumerables tubillos como mamas incipientes, paseándose arrastrado a lo largo del refectorio, como la sombra silbante que surge del mar y desaparece deglutida por el genio dilatador de la ceiba.

JOSÉ LEZAMA LIMA

(Termina en el próximo número)

Cortesía de la

Textilera Ariguanabo, S.A.

Bauta

CORTESIA DE

El Encanto

SAN RAFAEL Y GALIANO

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

Directora:

NILITA VIENTOS GASTON



Dirección:

DE DIEGO Y LOIZA

Apartado 1142, San Juan, (Puerto Rico)

Subscripción anual \$3.00